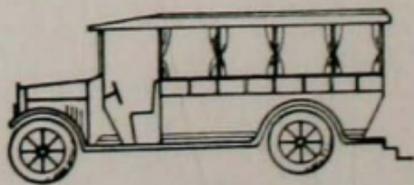


**Santiago Cazorla**

**Historia de  
las Tradiciones  
del Pino**

**DONACIÓN**  
Angelina  
Hernández  
Millares



COLECCION «GUAGUA»  
DIRECTOR: FRANCISCO MORALES PADRÓN

**SANTIAGO CAZORLA LEON**

**HISTORIA  
DE LAS TRADICIONES  
DEL PINO**

**LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
1980**

COLECCIÓN PUBLICADA POR LA  
MANCOMUNIDAD DE CABILDOS,  
PLAN CULTURAL, Y  
MUSEO CANARIO

Depósito Legal: SE-466-1979 — I.S.B.N.: 84-500-3383-7

---

Artes Gráficas Saleisanas, S. A., Polígono Calonge,  
Parcelas 10 y 11, Nave 7 - Sevilla, 1980

## INDICE

<b>I</b>	Teror	7
<b>II</b>	El Pino de la Virgen	10
<b>III</b>	Los dragos	17
<b>IV</b>	La piedra	20
<b>V</b>	La fuente milagrosa	23
<b>VI</b>	Un Personaje maravilloso	26
<b>VII</b>	Primera Iglesia	30
<b>VIII</b>	Segunda Iglesia	34
<b>IX</b>	La iglesia actual	39
<b>X</b>	La Torre Amarilla	42
<b>XI</b>	Cómo es la Imagen	44
<b>XII</b>	El Niño	46
<b>XIII</b>	La imagen vestida	48
<b>XIV</b>	La Virgen del Pino, Patrona	50

## I.—Teror

*¿Qué es aquello que relumbra  
en la plaza de Teror?  
Nuestra Señora del Pino  
que relumbra más que el sol.*

Esta vieja copla popular nos viene a decir la importancia que tiene Teror, ese pueblo lloviznoso y fresco del centro de la isla de Gran Canaria, para los cristianos de todo el mundo y, especialmente, para las Islas.

Allí se apareció la Virgen del Pino, la Patrona de la diócesis de Canarias, y que hoy es la Provincia de Las Palmas. Teror es por esto la capital espiritual de la Isla.

Hablar de Teror es lo mismo que hablar del pueblo más nombrado de Gran Canaria. El está unido a la Virgen y a todas sus tradiciones. No podemos hablar de la Virgen, del pino, los dragos, fiestas e iglesias sin que aparezca Teror.

Durante la conquista Teror era tan sólo un lugar de monte con el clima, que hemos dicho,

fresco y lloviznoso. Abundaban allí las fuentes de aguas claras, copiosas y corrientes. Unas, muy sabrosas y dulces. Otras, agrias, aunque medicinales y saludables. Y todas, muy cercanas entre sí.

En medio de aquel lugar de montes y de aguas erguía majestuoso un pino muy alto. Sería conocido con el nombre del Pino de la Virgen. Y ésta, a su vez, la Virgen del Pino.

Muchos han querido saber el significado de *Therore*. Diversas han sido las interpretaciones. Diego Alvarez de Silva, fallecido el 22 de junio de 1771, identifica a *Therore* con la palabra terror. Afirma que el nombre se lo dieron los canarios gentiles. Al intentar éstos subir al Pino, jamás lo consiguieron. Y porque se caían, desliziándose por su tronco, llenos de terror, dieron ese nombre al lugar.

Lo mismo opina, aunque bajo otro aspecto, don Ignacio Jiménez Romero, maestro de ceremonias de la Catedral de Canarias, en su trabajo *Aparición de Nuestra Señora del Pino*, escrito en 1905. Pone el nombre en labios de los españoles.

«Teror, dice él, es un valle circunvalado de una cordillera de montañas y sierras... Por el nordeste, por donde está una entrada de peligrosos desfiladeros, penetró el ejército español conquistador. Pero los indígenas, encaramados en las crestas de la cordillera, arrojaban enormes piedras sobre los soldados, matando a muchísimos, mutilando a los demás y sembrando el espanto y el terror en todo el ejército de tal modo, que tuvieron que retirarse, dejando en aquel sitio el fatídico nombre de *Valle del Terror*.»

Otra interpretación distinta la trae hacia 1640 el autor del anónimo que copia Fr. Diego Henríquez. Sostiene que se llama Therori, porque el dueño de aquellos terrenos, en la conquista de la Isla, se llamaba Terori y allí guardaba sus ganados.

Por nuestra parte tenemos que recordar que Therore es nombre aborigen. A fines del siglo XV llegaron a la Península como esclavos muchos canarios. Entre ellos, uno se llamaba Atterura y otro Aterore.

Y en cuanto a suponer que el pueblo de la Virgen tiene nombre de terror, a nosotros no nos agrada. La alegría, la paz y las luces le quedan mejor, como es fácil observar en todas las tradiciones del Pino.

## II.—El Pino de la Virgen

Nuestros padres nos contaron que la Virgen quiso aparecer en la eminencia de un pino. La curiosidad de nuestra devoción anhela conocer detalles. Tiene necesidad le digan todo lo referente al pino y a los dragos, a la piedra y fuente de los milagros.

El pino es el primero y principal elemento de aquello que nos dijeron nuestros padres. Da nombre a la tradición. Fue el primer trono de la Virgen. Permaneció mucho tiempo en Teror, como alerta centinela, vigilando su Iglesia. Los planos de la segunda Iglesia nos señalan el lugar exacto donde estuvo.

Su altura alcanzaba las cincuenta varas. La circunferencia de su tronco, treinta y dos palmos. Su tronco liso se dividía a las treinta varas del suelo en tres gruesos ramos. Luego se subdividía en muchos ramos más, formando su copa, como pino canariense, siempre verde y frondosa. Un hueco había en su tronco por la parte del naciente. En él solían esconderse los niños de Teror, durante sus juegos en la plaza.

De él nos dijeron que era tan único y tan solo que en una legua de sus alrededores no hallaron

otro de la misma especie. Es decir, vivió solitario fuera de los pinares.

También contaron que, por su gran altura, causaba espanto a quienes lo miraban. Y es que en el suelo se oía el silencio. Y, en lo alto, violineaban los vientos canciones de misterio.

El amor y veneración que los canarios le tuvieron fue siempre muy grande. Buscaban cáscaras del pino y se llevaban sus resinas como remedio a sus dolencias.

Sus piñitas eran muy apetecidas. Engarzadas en oro o en plata, se enviaban como regalos a las personas amigas o constituidas en dignidad.

Para evitar que el Pino se perdiera arrancándole cáscaras, el Obispo Cámara y Murga mandó cercarlo el 9 de septiembre de 1631. El cerco de piedra con su puerta de madera permaneció en Teror hasta su caída.

Se decía en el siglo XVII que en una ocasión intentaron cortarlo. Necesitaban una prensa para un ingenio de Arucas. Al primer golpe se quebró el hacha. Lo mismo al segundo. Al tercero se despidió el hacha y le dio en la pierna al leñador, hiriéndole malamente. El Pino no se cortó.

Andando el tiempo cada vez que se hablaba de quitar el Pino para que no agrietara la Iglesia, los ancianos solían contestar recordando lo sucedido en aquella ocasión.

Así lo cuenta Isabel del Toro en 1684 por háberselo oído a su madre.

Para subir al Pino, como propiedad de la Iglesia, era necesario el permiso de la autoridad eclesiástica. La historia habla de dos escaladas. Ambas en presencia de Prelados.

Fue la primera en los tiempos de Cámara y

Murga. Se hallaba en Teror y manifestó deseos de conocer lo que había junto a los dragos en lo alto del Pino.

Un forastero se brindó a complacerle. Era, según algunos testigos, de nacionalidad italiana y mampostero de profesión. Se encontraba en el lugar trabajando en la casa que construía Sebastián Fernández de Quevedo.

Para subir se hizo con una caña grande, como las de pescar, y un clavo cruzado en uno de sus extremos. Con ella fue colgando una sogá en los gajos del Pino que podía. Luego subió por la cuerda ante una multitud expectante. Al llegar a los dragos quedó sorprendido. Descubrió algo que nadie había visto hasta entonces: la piedra con las huellas de los pies de la Virgen. Así lo proclamó desde lo alto. Fue una revelación para todos.

Ante este hecho dijo el Prelado: «Si hubiera otro hombre que subiera de aquí porque se supiese con más certeza me holgara».

Entre los presentes estaba Andrés Hernández el Viejo, llamado el de Monagas. «Un hombre bien conocido y abonado y que no diría otra cosa que la verdad». Era lo que se necesitaba.

Por las mismas cuerdas del italiano llegó a lo alto del Pino. Observó atentamente lo que había y dio fe de que lo que decía el primer escalador era verdad. No pasó de los dragos, porque «no quería colocar sus pies donde los había puesto nuestra Señora».

Estando los dos en el Pino, los que estaban en el suelo por las cuerdas les subían cintas de varios colores. Tocadas en la piedra y en los dragos, eran guardadas como reliquias, después de besadas con respeto.

Es la primera vez que se habla de la piedra. Cámara y Murga confiesa no haberla visto «por ser el Pino tan alto».

La segunda escalada histórica al Pino fue en 1640. Hablan expresamente de ella el autor del Anónimo y el Capellán de la Virgen, Don Roque Pérez Quevedo. Los dos fueron testigos oculares.

Era Obispo de Canarias Don Francisco Sánchez de Villanueva. Había subido a las fiestas de Teror y a predicar el panegírico. En presencia del Pino le hablarían de la escalada en el Pontificado de Cámara y Murga.

Como él mostró «deseos de saber qué es lo que se oculta al pie de los dragos, si hubiera un hombre que subiera me holgara».

Cumpliendo los deseos del Prelado subió un marinero portugués. Llegó a la parte en donde estaban los dragos. Registró lo que había. Señaló el tamaño de la laja y el de las huellas de los pies. Cogió muchas piñitas y hojas de culantrillos y las regaló, al bajar, a Don Francisco Sánchez de Villanueva.

Este observaba todos los movimientos del marinero portugués desde la casa del Cura, Don Juan Rodríguez de Quintana, que traen los planos de Teror.

Una de las cosas importantes de esta subida fue la cruz de madera que el portugués llevó consigo de más de una vara de largo. Debía fijarlo en lo más alto del Pino. Por el camino se le cayó el clavo y tuvo que usar la barrena para que la cruz quedara en el Pino.

El 17 de abril de 1684 declaró el Cura de Tejeda, Don Francisco Blas Rodríguez, «que sabe, por haberlo visto, se halló hoy de presente la

barrena en el dicho Pino y la cruz se había caído años ha». Se equivocaba Don Pedro Agustín del Castillo, que asegura que en esa fecha apareció la cruz.

Entre las cosas que se hablaban por entonces, está lo que dice el autor del Anónimo, que, al querer el marinero portugués medir en la piedra las huellas de los pies de la Virgen, no pudo hacerlo, por entrarle un gran temblor en las manos y en todo el cuerpo.

También cuenta Marín y Cubas que en su tiempo se había encontrado un documento curioso. En él se decía que el portugués arrojaba desde lo alto hojas de drago. Y cuando las abrían por el tronco veían en cada parte señalada la imagen de Nuestra Señora con su Niño en brazos muy perfecta.

Los pinos no son eternos. Como no lo son los dragos de Canarias ni los bíblicos olivos, aunque sean más que milenarios. Y nuestro Pino Santo de Teror dejó de existir.

Era el 3 de abril de 1684, lunes de Pascua de Resurrección.

El primero en percatarse de lo que pasaba en el Pino fue Fray Andrés Maldonado, Dominicano del Convento de San Pedro Mártir. Se hallaba en Teror con motivo de la Semana Santa.

Bajando Fray Andrés a las siete de la mañana de aquél día a la Iglesia desde la casa parroquial, vio a Gaspar Ojeda y a Fabián Pérez sentados en el cerco del Pino. Aguardaban la hora de la misa. Les preguntó si tenían algunas piñitas del Pino. Contestaron que una, y se la regalaron. Seguidamente abrió la puerta del cerco con la llave. Entró dentro y quedó sorprendido al oír estalli-

dos en el Pino y al ver una enorme raja en su tronco. También los dos que aguardaban a misa habían oído los estallidos antes. Pero creyeron eran piedras que tiraban desde fuera.

El Cura llegó a toda prisa. Congregó al pueblo con las campanas. Dio órdenes de que las bajasen, mientras él hacía en la Iglesia rogativas con la Virgen exponiendo el Santísimo. Se ruega porque la Iglesia no sufra daño. Temían por la dirección del vendaval, que empujaba al Pino contra ella.

Se puso en el Pino la escalera grande de la Iglesia. Se bajó la campana pequeña y también la grande. Mientras Gregorio Hernández, de 21 años de edad, se hallaba con el rostro pegado al Pino para hacer más fuerza y quitar el arco de las campanas, el árbol se iba cayendo y estallando. Los que permanecían fuera del templo le daban voces para que se quitara.

Colocadas las campanas dentro de la Iglesia, el Pino se rindió. Cayó al suelo, como si lo vinieran sosteniendo. A modo de un hombre que se sienta con pausa y sosiego. No se oyó más ruido que las piedras del cerco y la paredilla del Alférez Juan Pérez y las ramas que se iban quebrando conforme caía. Se habla de un álamo existente junto al Pino.

La Iglesia no experimentó daño alguno. Los que estaban en ella se enteraron de la caída cuando entraron los de fuera a decirlo.

La caída del Pino fue para todos, y principalmente para Teror, un verdadero día de luto. Aquel mismo día el Cura Don Juan Rodríguez comunica la triste noticia al Provisor de la Diócesis. Entre las frases de su carta leemos las siguientes:

«Nosotros las hemos tenido bien amargas y con grandes lloros y sentimientos por la caída del Pino de Nuestra Señora. Le aseguro que si al lugar se le hubiera perdido todo lo que él vale, no hubiera habido mayores lloros.»

También el Cura escribió al Obispo García Ximénez, residente en Santa Cruz de Tenerife. En el expediente de la caída tenemos la respuesta del Prelado. En ella da las gracias por la cajita de piñitas que se le habían enviado. Recomienda se haga todo lo posible porque se encuentre la piedra de las huellas. Y manda se ponga en la Iglesia un trozo del Pino, como se había hecho con los dragos.

La contestación del Provisor Don Andrés Romero Suárez Calderón está fechada el 6 de abril de aquel año. Manda en ella se haga información de los detalles y circunstancias de la caída del Pino, tomándole las medidas.

A él le debemos ese precioso documento sobre el Pino, donde deponen treinta y cuatro testigos, además de lo que cuenta el tribunal. El original se guarda en el archivo de la Parroquia de Teror con un escrito siguiéndole los pasos hasta su llegada de nuevo a Teror.

### III.—Los dragos

El drago es un árbol autóctono de Canarias, como lo es el «*Pinus Canariensis*». Su tronco o mástil siempre derecho está limpio de hojas y ramos. Sólo camina el cogollo, pero siempre cercado de brazos, que extendiéndose con igualdad forman una copa circular. Unicamente el mástil principal y los extremos de los brazos tienen hojas. Estas suelen medir palmo y medio de largo y dos dedos de ancho. Semejantes a las de los lirios.

Su savia es de color rojo. Recogida y seca se vuelve a liquidar calentándola al fuego. Con ella se untaban unos tiernos palillos y se llevaban hasta tierras lejanas para limpiar y endurecer la dentadura.

Su savia se conoce todavía con el nombre de «sangre de drago». Los que nunca habían oído hablar del drago como árbol, lo identificaban con una fiera.

Pues bien, en el Pino de la Virgen, en lo más alto, había tres dragos, viviendo en él como parásitos. Habían nacido en el mismo Pino.

Decimos esto porque hemos sido testigos, du-

rante años, de un drago parásito de un pino. Había nacido de una semilla llevada por los pájaros a uno de los pinos del jardín de Arucas de la Marquesa, que está junto al campo de tenis. Tenía unas tres cuartas de altura, y hace ahora dos años que se secó.

Los dragos del Pino de la Virgen fueron cayendo uno a uno. El primero murió antes de la subida al Pino del italiano y de Andrés Hernández el Viejo de Monagas. El Obispo Cámara y Murga ya sólo cita dos. Según los libros parroquiales, el primer drago se cayó del Pino unos cincuenta o sesenta años antes que el segundo. Es decir, en fecha comprendida entre los años 1621 a 1631.

Del segundo drago tenemos fecha de su caída. Fue en octubre de 1681. Hacía unos cuatro o cinco años que se había secado y un vendaval del Poniente lo tiró al suelo. Los pedacitos fueron repartidos como reliquias. Un trozo del mismo, como de una vara, se colocó en la Iglesia.

De todo esto se levantó acta y se anotó por mandato del Obispo García Ximénez en el II Libro de Visitas y Mandatos de aquella Ayuda de Parroquia. El libro se ha perdido. Pero, afortunadamente, tenemos copia literal de la misma en la obra de Diego Henríquez.

El tercer drago se vino con el Pino en aquel memorable 3 de abril de 1684. Con la caída se rompió en dos partes. La del cogollo fue inmediatamente colocada en la Iglesia por el Alguacil Alvaro Yáñez el mismo día de la caída del Pino. La parte de las raíces también fue depositada en el templo, pero después de haber sido llevada a su casa por Francisco Pérez Quevedo. Defendía

Fernando Pérez que todo aquello pertenecía a sus padres y abuelos.

La parte del cogollo de este drago se depositó en el templo en el remate de una columna sobre la cornisa del crucero, haciendo pareja con el anterior.

Allí permanecieron mucho tiempo. Fray Diego Henríquez da fe de ello. Si creemos a Marín y Cubas, el drago continuó verde y echando hojas nuevas durante cinco años más.

#### IV.—La piedra

Dentro de la historia del Pino y de los dragos también entra de lleno la lápida que sirvió de pedestal a la Imagen de la Virgen con la huellas de sus plantas. Los únicos afortunados que la vieron fueron los que escalaron el pino. Desde el suelo nadie pudo verla «por ser el pino tan alto», según frase de Cámara y Murga.

Estuvo en lo más alto del Pino rodeada de unas yerbecitas, como culantrillos de pozo o de polipodio, siempre verdes y frescos, como si los regaran.

Al caer el pino, la piedra de las huellas no pudo encontrarse. Y no pudo comprobarse si era de duro pedernal, de mármol jaspeado y espejoso o de cantería azul. Tampoco pudo saberse si era de color verde, de dos o de tres colores, como apuntan algunos testigos.

Para indicar su tamaño decían unos que era «como una piedra de ara pequeña», «como de la muñeca a la punta de los dedos», «como las dos manos juntas», «del tamaño de un palmo».

Tan pronto cayó el Pino, empezaron las investigaciones para conocer el paradero del pedestal. Todos los intentos hechos resultaron inútiles.

En Teror se corrió la voz de que Fernando Pérez de Quevedo se la había llevado a su casa. Y lo había hecho cuando se llevó la parte del drago caído con el Pino. Lo llevó a hombros a su casa pasando por «la puerta del sol» de la Iglesia de entonces.

Dijeron muchos testigos que el mismo día 3 de abril vieron en su yegua a Fernando Pérez camino de la ciudad llevando en sus alforjas ramas y raíces de dragos.

El 4 de abril estuvo en la Vega de Santa Brígida Fernando Pérez. Y hablando con su amigo Mateo Suárez Luis, en presencia de Lázaro de Troya, le dijo que él tenía en su casa la piedra que buscaban.

Lázaro Troya contó la conversación a los hermanos Diego y Bartolomé Pérez y así lo declararon en el expediente.

Sin embargo, interrogado por carta Mateo Suárez Luis contestó al Cura Don Juan Rodríguez el 12 de abril de aquel año de la caída del Pino lo siguiente:

«Preguntándole Mateo Suárez a Fernando Pérez por la laja, que se decía estaba en el pino con unos pies señalados me respondió no se había hallado allí y que la habían buscado y no se pudo hallar».

¿Sería verdadera esta confesión de Mateo Suárez o sólo una excusa para disculpar a su amigo? Nada sabemos.

El 23 de abril se recibió una carta de García Ximénez con fecha de 21 contestando a la que le había escrito el Cura de Teror comunicándole la caída del Pino y sus detalles. En ella recomienda

al Cura haga todas las diligencias posibles por recuperar la piedra y que mire si en la caída se había incorporado en el pino. La piedra, como hemos dicho, no apareció.

Sobre ella se dijeron muchas cosas. Juan Agustín de Bethencourt Travieso contaba haberle oído a su tía nonagenaria que en 1745 la piedra fue embarcada en el navío de Baltazar de Padilla y se hundió en el mar.

Otros, según recoge Diego Henríquez, dijeron que fue llevada a Méjico y que se conservaba en la parroquia de Campeche «en decentes vidrieras con la veneración debida a tan sagrada reliquia».

Lo que hablaba la gente sobre esta materia se echa de ver en las palabras de Marín y Cubas en su manuscrito de 1687:

«El que escondió la piedra que tenía señaladas las plantas de la Virgen padece hoy muchos trabajos y aflicciones».

## V.—La fuente milagrosa

De los elementos que rodean a la aparición de la Virgen nos resta tratar de una fuente milagrosa. Los enfermos que bebían sus aguas o se bañaban en ellas recibían la salud.

Para unos ese manantial nacía al pie del Pino entre cascajos. Para otros, descendía por el interior del Pino y salía por el hueco que señalaban en su tronco en la parte del Naciente.

En el siglo XVII todo el pueblo tenía bien arraigada en su alma esta creencia de la fuente de los milagros. Basta ojear las declaraciones de los treinta y cuatro testigos que deponen en la caída del Pino.

Sin embargo, no hay un sólo testigo, ni cronista tampoco, que diga haber visto la fuente. Todos afirman haberlo oído así a sus mayores.

Y esto, aunque sea un testigo de 84 años nacido en 1599. Tal es el caso del vecino de Teror Juan Hernández Rodríguez, cuyo testimonio transcribimos por su interés teológico. Confiesa que Dios es el verdadero autor del milagro:

«Oyó decir que al pie del dicho Pino estuvo una fuente que bebían y bañaban enfermos y con

la voluntad de Dios y dicha agua recibían la salud».

Todos los testigos, pues, vieron el lugar de la fuente sin agua. Explican el hecho de distintas maneras. Para unos la fuente dejó de manar cuando en una gran epidemia se reunieron los principales del pueblo para deliberar si convenía exigir limosnas a los enfermos para ayudar a su Iglesia.

Para otros fue el mismo Cura el que pedía a los míseros gentiles su gofio y ganados a cambio del agua. Y hasta dicen que el Cura era de nacionalidad portuguesa, que se llamaba Tristán y que la Parroquia estaba en San Matías, cuyos datos no concuerdan con la historia de verdad.

Hablan de esta circunstancia el autor del Anónimo, Fr. Diego Henríquez; Marín y Cubas y los testigos en la caída del Pino Luis Rodríguez, Isabel del Toro y Juan Rodríguez el de Sumacal.

Debido a esta creencia de la fuente, muchos aplicaban el oído al Pino y decían percibir el sonido de agua como que bajaba de lo alto. Lo repite Fr. Diego Henríquez.

Entre los que aplicaron el oído está el Padre José de Sosa, de quien son las siguientes palabras:

«Aún me dicen que hasta hoy se oye en la misma parte el sonido o ruido del agua; mas yo no le he podido oír, aunque algunas veces me he puesto atentamente a escuchar al pie de dicho Pino, quizá, porque no lo merezco, pues me han certificado muchas personas que lo han visto».

Y también en nuestros días subsiste la tradición. Casi a los tres siglos de caído el Pino. En el Arbol de la Virgen de Don Miguel Suárez lee-

mos: «Todavía hoy subsiste una tradición, según la cual, bien aplicando el oído sobre el suelo al sonar en la vieja torre el toque de ánimas, o bien al filo de la media noche, se oyen rumores subterráneos de aguas que se agitan misteriosamente».

Existiera o no la fuente de los milagros, poco importa. Ella dio pie a esta riqueza de creencias del valor folclórico que todos contemplamos.

## VI.—Un personaje maravilloso

En este capítulo llegamos a lo más importante de las tradiciones del Pino: las apariciones de la Virgen y su imagen.

Los gentiles canarios contaron a los españoles, que hacía más de cien años que sus antepasados y ellos estaban viendo en el pino gigante del valle de Teror una rara maravilla, una claridad agradable y continuada, una estrella de mucho resplandor que en las noches iluminaba los valles y doraba cumbres y montes, un personaje maravilloso que bajaba del pino y hacía procesión en círculo, acompañado de luces, alrededor de él.

Al principio los cristianos no creían a los canarios. Los tenían por «perros idólatras». Pero cuando unos españoles vieron «por tres noches continuas repetidas luces sin saber la causa, depusieron su actitud.

Ya conquistada la Isla y en el reparto de tierras subieron a Teror los conquistadores a estudiar el prodigio. Les acompañaban isleños conocedores del lugar.

Al llegar a Teror descubren en el Pino la imagen de la Virgen. Corren de nuevo al Real de las

Palmas y avisan al Obispo don Juan de Frías. A toda prisa se presentó en el lugar. Levanta los ojos al Pino y no ve luces y resplandores; pero sí la imagen devota de Nuestra Señora del Pino que hoy veneramos en su templo.

Estaba en lo más alto del Pino «entre cuatro ramos, que se dividían como a las cuatro partes del mundo». Tres hermosos dragos le hacían sombra. A sus pies estaban los verdes culantrillos. La piedra con las huellas no se veía desde abajo.

Al día siguiente la Imagen no estaba en el Pino. La ven en el suelo. Y allí mismo, junto al Pino, le construyen una diminuta iglesia «de piedra sola». En ella quedó la sagrada Imagen, que pronto será bautizada con el nombre de Virgen del Pino.

El autor del Anónimo cuenta así lo acaecido aquel día:

«Los conquistadores, todos llenos de gozo con la experiencia y dichosa vista del portento y que los canarios les habían dicho, acatando la dignidad, despacharon luego posta con la alegre nueva al Obispo don Juan de Frías que había quedado en el Real de Guinguada, el cual, apenas recibió el aviso del milagroso aparecimiento de esta Señora en el Pino, partió de allí saliendo al punto del Real, y, tomando sin dilación el camino, guiado de la posta, llegó al puesto de Terori y mostrándole el portento llevándole a la presencia de la Virgen, levantó los ojos al Pino, y viendo aquella hermosa y grave Reina, las rodillas en tierra la adoró e hizo devota oración, dándole infinitas gracias a Dios Nuestro Señor por tan gran portento y maravilla y por los buenos sucesos que por su intercesión y favor habían conseguido, que-

dándose un rato admirado contemplando en la divina imagen de María Santísima y en el divino Niño, que resplandeciente en sus divinos brazos se mostraba.

Asistieron algún tiempo en aquel sitio con el gozo de tan amable y rico hallazgo; y, hallándole otro día en lo más bajo del Pino, le fabricaron una pequeña iglesia, colocando en su altar esta Santísima Imagen con reverencia, devoción y decencia debida y con gran regocijo de los cristianos corazones».

Leyendo los datos que llevamos anotados, la tradición parece hablar de apariciones personales de la Virgen y de la aparición de su Imagen.

Se trata de la Virgen en persona cuando se narra la bajada desde el Pino de aquel personaje maravilloso y que camina en procesión alrededor del árbol. La Imagen ni sube ni baja; ni camina en procesión de un sitio para otro. Aquellas luces y resplandores que decían ver los canarios se aplican mejor a la Virgen en persona que a su Imagen.

De que también hablan de la Imagen aparecida no hay duda alguna. Lo dicen expresamente. Era tradición antigua en el momento de ordenar el Obispo Cámara y Murga el cerco del Pino el 9 de septiembre de 1631:

«Por ser tradición antigua apareció en él la Santa Imagen del Pino.»

Continúan manteniendo esta tradición de Imagen aparecida los Obispos Dávila y Herrera. El primero no oponiendo reparos al libro de los Milagros, el 31 de marzo de 1735, donde se escribe que la Imagen está en Teror desde su aparición. El segundo, aprobando en 1783 el reglamento de

los capellanes de la Virgen, «cuya Imagen aparecida maravillosamente en Teror ha atraído los corazones canarios».

Esa es la voz de todo el pueblo, que se manifiesta en la declaración de tantos testigos en la caída del Pino, y en todos los cronistas, que, a partir del siglo XVII con Cámara y Murga, hablan de ella.

## VII.—La primera Iglesia

El templo de Teror es uno de esos lugares insignes de que habla San Juan de la Cruz. Dios se vale de ellos para llenar de fervor a las almas y entregarles los tesoros de su gracia. La experiencia así lo demuestra.

No hablamos aquí de aquella que dicen construida de piedra seca junto al árbol el día del encuentro de la Imagen. Pertenece a la prehistoria.

Nos referimos, pues, a la primera ermita histórica de la que hablan las actas del Cabildo ya en 1514. El 14 de noviembre de aquél año ya fue el Canónigo Juan de Troyas comisionado por el Cabildo para tomar posesión «de la Iglesia de Santa María de Terore que el Señor Obispo unió a la Iglesia Catedral».

La constitución de esta unión, que es la 136 del Sínodo de Arce, fue promulgado el 15 de abril del siguiente año.

Las primeras misas dichas en esta Iglesia, que sepamos, fueron las tres que debió decir el Canónigo Juan de Truoya en noviembre de 1515. Por lo menos con esa condición se le dio licencia el 23 de aquél mes y año.

Hay un acuerdo del Cabildo del 7 de octubre de 1521 para dar cinco doblas al clérigo que dijere misa en aquella Iglesia los domingos. Y otro del 3 de abril de 1528 volviendo a conceder los mismos cinco doblas para el sacerdote que fuera a decir misa los domingos, fiestas de la Virgen y de los Apóstoles.

Este último acuerdo fue atendiendo una súplica escrita por «las personas que viven en el término de Nuestra Señora de Terore».

Esta debió ser la iglesia que visitó el Obispo don Diego Deza desde el 12 de marzo al 21 de abril de 1558, a quien llama «Iglesia de Nuestra Señora del Pino».

Por los detalles de la visita nos hacemos una idea, más o menos exacta, de cómo era este templo de Teror. Estaba edificado junto a la huerta de un tal Falcón o Halcón y a las tierras calmas de Juan Pérez de Villanueva, donadas ambas a la Iglesia.

Era una Iglesia de una sola nave. Su capilla mayor estaba separada del cuerpo de la Iglesia por una reja de madera; señal inequívoca de ser de Patronato.

La imagen de la Virgen del Pino presidía en el altar mayor vestida y enjoyada. A sus lados tenía otra imagen de la Virgen también de bulto y un Niño Jesús con camisita de toca de seda y chamarra de tafetán blanco.

El sagrario era una alhacena del lado derecho del altar mayor con puertas de madera guarnecidas de molduras.

A las espaldas o testero del altar mayor estaba un paño de Flandes pintado con un Crucifijo,

Nuestra Señora, San Juan, la Magdalena y otras muchas imágenes.

El bautisterio con su «pila de cantería colorada» estaba entrando a la derecha. Había este año 1558 libro de bautizados, que hoy ya no existe. En fecha entre junio de 1574 y agosto de 1576 se compró un lebrillo vidriado de verde para poner dentro de la pila. Su costo fue de 294 mrs.

El campanario se veía sobre la Iglesia, es decir, la espadaña, y en ella la campana «con que tañen a misa».

Se habla de un retablo viejo de madera en que está pintada Nuestra Señora; de un tabernáculo, también de madera, en que ponen a Nuestra Señora en Semana Santa; cuatro bancos de palo en el cuerpo de la Iglesia donde se sientan; unas andas pequeñas en que suelen llevar en procesión a la Virgen; en la sacristía, 900 ladrillos para enladrillar la Iglesia.

Sobre la reja de la Capilla mayor estaba un Crucifijo grande de bulto con la cruz teñida de verde.

Poco después de la visita de don Diego Deza, los vecinos de Teror y de la Vega de Santa Brígida pretenden que sus Ayudas de Parroquia del Sagrario se conviertan en Beneficios. Tendrían parte en los diezmos y primicias y sus Curas no serían ad nutum Episcopi, sino propietarios por oposición.

El Cabildo el sábado 11 de abril de 1567 acordó oponerse a esta pretención de ambos vecindarios.

Los Patronos de la Capilla mayor eran los Pérez de Villanueva. El 23 de noviembre de 1551 hace testamento Juan Pérez de Villanueva. En él,

al disponer que su cuerpo sea enterrado en la iglesia de Nuestra Señora del Pino, a la izquierda de la sepultura de los clérigos, dice «porque la dicha Capilla mayor es mía y yo la hice a mi propia costa».

El 18 de octubre de 1582 subió a Teror el Obispo Rueda. Era entonces Patrono de la Capilla mayor Don Diego Pérez de Villanueva. A él se dirige el Prelado para que evite se caiga la Capilla. Estaba toda apuntalada.

El 20 de octubre del siguiente año insiste en lo mismo el Prelado mandándole a él y al Mayordomo que buscaran un carpintero perito que diera su parecer en lo que había de hacerse.

Para esto fue llamado el Maestro mayor de carpintería de la Catedral, Pedro Bayón, que cobró por su trabajo trece doblas. Ignoramos su decisión. Esta Iglesia no se debió techar de nuevo, a pesar de la promesa del Patrono de hacerlo después del invierno de 1583. Se compra también madera de palma.

Mientras se construía la segunda Iglesia, cuyos cimientos se estaban abriendo en octubre de 1582, continuaba abierta al culto la primera. Da la impresión de que el lugar donde estaba construida era donde se hizo la segunda.

Así se explicaría por qué el Pino estaba a solo una braza de la puerta principal. Y también aquel mandato del año 1595, de que no se tire la primera Iglesia hasta que se hayan terminado de labrar todos los cantos de la segunda.

El 23 de mayo de 1599 la primera Iglesia había sido derruida. San Matías hacía de Parroquia y en ésta los Dominicos fundan su Cofradía.

## VIII.—Segunda Iglesia

Los cimientos de la segunda Iglesia se estaban abriendo el 18 de octubre de 1582. Así los vio el Obispo Rueda en su visita a Teror y aconsejó al pueblo la hiciera. La primera estaba casi en ruina y toda apuntalada.

El Prelado pedía a los feligreses que ayudaran con su dinero, personas, esclavos, criados y animales. Les autorizaba trabajar los domingos y festivos una vez que hubieran oído la misa. Y les concede a los que cooperen en la obra cuarenta días de indulgencia.

Los de Teror pidieron ayuda al Cabildo Catedral por la unión que había entre ambas Fábricas. La Catedral no pudo por estar escaso de dinero. Acababa de inaugurar en mayo de 1570 su «Media Iglesia» y daba los últimos retoques a las hoy capillas de Santa Teresa y León y Castillo.

El 9 de octubre de 1583, con autorización del Obispo se deshizo la unión con la Catedral. La Fábrica del Pino se hizo cargo de los bienes de su Iglesia.

Los trabajos continuaron. El 13 de mayo de 1601 los techos de la Capilla mayor y las dos del

crucero tenían colocado el enmaderamiento. Lo había puesto Pedro Bayón, carpintero mayor de la Catedral desde el 2 de mayo de 1572 y muerto el 24 de marzo de 1603. Cobró por su trabajo ciento sesenta doblas, que fue lo que pactó ante el escribano Bartolomé Solís.

Mientras se enmaderaban los techos de las capillas, hacía puertas y bastidores el carpintero Andrés de Medina.

Luego, entre abril de 1603 a diciembre de 1606, encontramos techando las tres naves de esta iglesia al carpintero Gabriel Martín, que cobra novecientos sesenta y cinco reales, al Maestro mayor de cantería Bartolomé Díaz, que con sus oficiales hace las paredes que iban sobre los arcos en sólo doce días y medio, y al cantero Luis Morales, haciendo la Portada con su hijo.

Se compraron ciento noventa y dos ladrillos para enladrillar la iglesia y seis mil quinientas tejas para subrir sus techos.

El Cabildo, en 1608, donó trescientas dos doblas para continuar las obras, y el 20 de julio del siguiente año le prestó, por ocho días, una mahoma.

¿Cuándo se abrió al culto esta segunda iglesia? No lo sabemos con exactitud. Sin embargo, el 28 de octubre de 1608 parece que ya lo estaba.

Se prohíbe a las mujeres que no tengan asiento propio, el sentarse en las capillas mayor y laterales; se manda poner en su lugar la pila de bautismo de la anterior iglesia; se ordena que se hagan dos confesionarios y se pongan en el cuerpo de la iglesia con tal que no pasen de las puertas traviesas a la mayor; y por último, que se

tape el mojinete sobre la portada y se haga sacristía.

Del primero de estos mandatos parece que ya la iglesia estaba abierta.

La sacristía se estaba construyendo el 15 de julio de 1615. La estaban haciendo Matías Morales y un compañero. Cobran ciento sesenta y cinco reales.

El nicho de la Virgen en el altar mayor lo costeó el Obispo Antonio Carronero, el mismo que envió de España una lámpara de plata y que se recibió el 7 de septiembre de 1622.

El coro, que se puso en la nave central cerca de la puerta mayor, y la reja, que divide la capilla mayor del cuerpo de la iglesia, fueron hechas por el carpintero Gabriel Martín, que cobra trescientos reales, el día 18 de julio de 1628.

El camarín de la Virgen se hizo sobre la sacristía hacia 1660 para vestir y desvestir la imagen fuera de la vista del público. Al mismo tiempo se le hizo al nicho una puerta por detrás hacia el camarín, y el mismo nicho se agrandó haciéndolo de nuevo de cantería y dorándolo.

El 23 de enero de 1687 la Iglesia cambió una campana pequeña por un reloj. El Doctoral don Juan González Falcón hizo el cambio, porque necesitaba la campana para la ermita, que entonces construía en Arbejales a San Isidro.

Si la campana se conservara, tendríamos, quizás, la campana pequeña que colgaba del Pino el día de su caída.

El Libro de los Milagros, las actas del Cabildo y un legajo corriente hablan de un incendio ocurrido en la sacristía de esta Iglesia, debido a la explosión de medio quintal de pólvora. El fuego

se propagó al camarín de la Virgen, que estaba encima de la sacristía, y a la capilla mayor, llenándolo todo de humo. Disipada la humareda entraron en el templo y encontraron a la Virgen del Pino junto al crucero de la capilla mayor, a la izquierda, diez o doce varas distantes de su nicho, en pie y sin lesión alguna, como si con manos hubiera sido trasladada, no habiéndosele movido ni siquiera la corona que estaba prendida con alfileres. Sólo se notó, que, siendo la imagen tan blanca y hermosísima, le quedó el color pálido y amarillo, y se observó mantenerse así hasta el día de su fiesta. La onda de aire de la explosión había trasladado a la Virgen de su nicho.

El Cabildo, atendiendo una solicitud del Mayordomo de la iglesia, ayudó con la suma de mil reales de «limosna para ayuda de reedificar la Iglesia que se quemó».

En las cuentas aprobadas en 1742 se habla de un gran arreglo en la Iglesia. Se reedificó la capilla mayor, nave, capillas colaterales y medias naves con el mayor primor; se le hizo pavimento enlosándose la sacristía y se le pusieron vidrieras a todas sus ventanas.

El 18 de septiembre de 1759 visitó la Iglesia por el Obispo Morán el Tesorero de la Catedral Don Estanislao de Lugo y Viña. Encontró a la Iglesia en un muy mal estado y mandó que un maestro inteligente observara «el arco de la capilla mayor y pilar junto al cual se halla el púlpito». A la vista amenazaban ruina.

El 15 de febrero de 1760 el Obispo Morán, desde Santa Cruz dio licencia al Cura de Teror para que bendijera las salas bajas de la casa de

la Cofradía y trasladara a ellas el Santísimo y la Imagen de la Virgen y demás.

La bendición y traslado se llevó a término el 20 de abril de aquél año 1760. Así terminó la segunda Iglesia de Teror, que nos da, con los planos a la vista, el lugar exacto donde estuvo el Pino.

Este templo, según vemos en los planos y descripción hecha por Fray Diego Henríquez, era «de tres naves que se dividen y sustentan en dos órdenes de gruesas columnas de canto azul, de seis columnas en cada orden con las que quedan contiguas a los fines de la capilla mayor y crucero y a los lados de la puerta principal; tiene dos puertas colaterales, dos capillas a los lados del crucero y otra pequeña a un lado del coro donde está la pila bautismal; es capaz para cualquier concurso y dióle un órgano el Capitán Don Francisco de Matos, mas no ha habido quien le dé colgadura, ni la tiene».

Tenía 18 varas de frontis; 30 varas de largo las naves laterales, y 35 varas la nave central con el presbiterio.

## IX.—La Iglesia actual

La actual Basílica de Nuestra Señora del Pino fue construida debido a la clausura de la anterior que ya estaba en ruinas.

El 14 de julio de 1760 comenzaron a abrirse los cimientos. La primera piedra la bendijo el Canónigo Tesorero Lugo el 5 de agosto, día de las Nieves de aquel año con la delegación del Prelado.

Morán inició una suscripción con 1.500 pesos. La siguió el Cabildo con 1.000 pesos y otros devotos. Desde su Obispado de América Don Domingo Pantaleón envió 500 pesos para el mismo fin.

Comenzó el acarreo de materiales. Las arenas se extraían de los barrancos. Las cales se quemaban en las montañas de Moya. Los cantos se labraban en Arucas o en Teror. Las maderas se cortaban en los pinares. El acarreto de materiales se hizo muchas veces con yuntas de los de Arucas, Telde o la Vega, lo mismo que de Teror.

En ese tiempo no había en las Islas un arquitecto que pudiese hacerse cargo de las obras. Por ello el Obispo le pidió al Coronel don An-

tonio Lorenzo de la Rocha que trazase los planos de esta tercera iglesia. Era don Antonio un hombre muy inteligente y que poseía una gran cultura. Se hizo cargo de la obra y trazó los planos de esta iglesia como un verdadero profesional.

Las obras de la iglesia duraron siete años. El 28 de agosto de 1767 fue bendecida con toda solemnidad, comenzando las fiestas de la dedicación el 30 de aquel mes y que describe con detalles Diego Alvarez de Silva.

Entre los adornos nuevos del templo enumera Diego Alvarez de Silva el nuevo tabernáculo para el Santísimo con la custodia de plata hecha en Córdoba por Damián de Castro; las andas de plata; seis candeleros grandes de plata y los cinco retablos de la iglesia.

En los retablos, el San Miguel hecho en Gran Canaria; San José y San Joaquín traídos de Génova y San Ramón hecho en Sevilla. Las pinturas con sus marcos dorados de Santo Tomás de Villanueva y de San Felipe Neri en las capillas del crucero, y San Ildefonso en el altar del camarín frente al nicho.

El San José fue regalo del Canónigo Andrés de la Huerta. San José, San Joaquín y San Ramón los dio el Tesorero Lugo. Y los tres cuadros los puso el Obispo Francisco Delgado y Venegas.

El piso en la capilla mayor y presbiterio se puso de losetas de jaspe y de mármol. El resto de la iglesia, de cantería azul de Arucas. Se trajo de Hamburgo un órgano nuevo. Se le hizo el cancel que llaman de mucho primor.

Este templo estuvo en reparaciones desde 1803 a 1812. Se quiso construir de nuevo en «Las Capellanías». Pero no se llevó a efecto por las

denuncias llegadas a la Real Andalucía. La Parroquia estuvo entonces en la casa de la Diputación, o de la Silla en los planos. De esta casa sacó Don Antonio Socorro en 1936 el artesonado, que hoy tiene el camarín de la Virgen.

La valla de caoba que vemos en el comulgatorio de la capilla mayor y colaterales es de 1831. Diego Eduardo hizo unos planos para la escalera del Camarín de la Virgen.

En 1968 se empezaron los trabajos de consolidación del templo con un proyecto de veintidós millones seiscientas mil pesetas, verdadera «obra de romanos».

El reloj, que aparece en la fachada, debe ser el que le regaló el Obispo Codina y que fue construido en Valencia, según carta suya que dice:

«Yo hice fabricar en Valencia uno para Teror de cuartos de hora y me costó allí más que cuatro mil reales.»

## X.—La Torre Amarilla

Para saber que estamos en Teror, basta mirar su Torre Amarilla. No hay otra igual en la isla de Gran Canaria.

Ella es en la historia el lazo de unión entre la segunda y nueva iglesia. Aquélla al principio carecía de campanario. Las dos campanas colgaban del Pino.

Pero al caerse éste en 1684, la cosa varió. Las campanas no sonaban. Don Juan Rodríguez, cura de la Ayuda de Parroquia, pensó en el remedio. Y comenzó la Torre Amarilla a principios del XVIII con las limosnas de los fieles y dinero de la Fábrica. Verdadera necesidad para colocar las campanas y para el embellecimiento del templo, que ya no tenía la sombra del Pino.

Para ello se valió de la «cantera amarilla» que había en el lugar. En 1803 era propiedad de la Fábrica Parroquial y estaba inmediata a las últimas casas del «Barrio de Arriba». Lindaba por las espaldas y cordilleras de las tierras que poseía entonces el cura don Mateo Ponce Vargas.

Es la Torre de forma cotoagonal. Se compone de siete octógonos superpuestos sobre una base

de lo mismo. En el último están las campanas. Remata en pirámide con la veleta que señala los vientos.

Su estilo, recuerda el Marqués de Lozoya, en la arquitectura canaria es un reflejo tardío del manuelismo portugués.

El 22 de noviembre de 1708 la Torre Amarilla estaba casi terminada. Los vecinos de Teror en un memorial solicitan ayuda del Cabildo expresamente «para acabar la Torre».

Sin embargo en la contestación del Cabildo, denegando por entonces la ayuda, sacamos la impresión de estar ya terminada:

«Al memorial de los vecinos de Teror, en que suplican al Cabildo se sirva mandar se les dé alguna ayuda para acabar de pagar la fábrica de la torre, que han hecho en aquella parroquia»...

Cuenta Diego Henríquez, que, terminada la Torre, un viento huracanado movió de su asiento la gran piedra, donde estaba la veleta y que era clave de las otras, con peligro para el templo. Los sacerdotes y seglares acudieron a la iglesia en rogativas. Y la piedra sola volvió a su lugar.

La Torre Amarilla es el vértice de un ángulo de sesenta grados formado con los frontis de la segunda iglesia y actual Basílica. Tiene veinticuatro metros de altura y distaba del lugar donde estuvo el Pino.

El último octógono, el de las campanas, tiene como remate ocho pequeños perillones.

## XI.—Cómo es la Imagen

Fray Diego Henríquez debió permanecer horas y más horas ante la imagen sin vestir de la Virgen del Pino. Ignora que está hecha con madera de peral, pero la describe al detalle tanto a la Virgen como a su Hijo.

«Lo alto de esta Santa Imagen de una vara y una tercia. Su materia, ya está dicho por su boca, es el mismo pino en que apareció. Es toda dorada, gravada y estofada. El manto es azul en fondo de oro y cae del cuello por lo anterior de los hombros hasta los pies y más por el lado derecho; y por debajo del brazo derecho de la Santa Imagen dobla un poco hacia el lado derecho.

La túnica es roja, el fondo dorado, hace sus dobleces o plegados sobre el pecho. Del cuello de la túnica, que tiene un dedo de ancho, a la raíz de la garganta de la Santa Imagen caben tres dedos y algo más, en el cual espacio se descubre la camisa blanca que lo llena tan sutil que se trasluce todo el oro del fondo. No se descubre cíngulo, porque los brazos, teniendo al Niño, ocultan la cintura.

El cabello tendido y todo dorado de puro oro

sin algún esmalte ni otro matiz, del cual caen por lo anterior de los hombros por cada lado del rostro una madeja de ondas haciendo punta, que llega más baja que el pecho. Todo lo demás del cabello cae por la espalda; y del cuello abajo queda debajo del manto que lo encubre de suerte que no se puede ver más.

El admirable y celeste rostro, lleno sin exceso. El color, cándido. Las mejillas, rosadas propiamente. La frente, proporcionada y hermosamente espaciosa. Los ojos, azules y con prudencia, rasgados y en punto que miran a todas partes. La nariz, perfectísima, derecha y delgada. Las cejas, delicadas. La preciosísima boca, con muy notable gracia algo rasgada y menos al lado izquierdo que apenas se conoce; parece quiere reírse o principios que demuestran una muy prudente risa. La barba, redonda, no gruesa ni aguda. La sacra cabeza, algún poquito inclinada hacia el lado siniestro sobre el Niño. El semblante, graciosísimo con el mirar halagüeño, poderoso imán de los acerrados corazones, dulce atractivo de los más tibios afectos, fuerte arrobo de las voluntades y celestial encanto de las almas.

Todo este angélico aspecto de esta sacratísima imagen está espirando gracia, afabilidad y dulzura. En otras imágenes suyas suele ostentar esta Reina la majestad, la grandeza y señorío con que mueve al temor reverencial. Pero en ésta provoca sólo amor, mostrando amable la clemencia, la dulzura, la suavidad y la gracia.»

## XII.—El Niño

«Es el Niño no postizo o dividido, sí de la misma pieza o de un madero con la madre. Tiénelo al lado del corazón de onde le nace. La túnica, dorada, gravada y estofada es blanca, salpicada de estrellitas azules. De la cintura abajo descubre todo el oro. Tiene el bracito y mano derecha en el pecho de su madre, de modo que los primeros dos dedos y la palma de la mano asientan sobre la cinta o cuello de la túnica de la Madre y los tres dedos últimos caen sobre la camisa de esta Señora. En la mano siniestra, que está con el brazo desviado en lo natural hacia fuera, tiene una flor rubia como rosa. Y, porque las bocas de las mangas de la túnica son anchas o abiertas a modo de manga religiosa, se descubre por dentro de esta manga siniestra el bracito desnudo hasta cerca del codo.

Con ambas manos le tiene su Santa Madre. Con la siniestra lo abraza y ciñe todo por la espalda hasta asomar por delante la mano y cayendo algo apartado el dedo pequeño; los otros por dentro del brazo del Niño rematan en su costado. Con la derecha le sostiene el muslo siniestro por la parte de abajo de dicho muslo de suer

te que asienta el piesito siniestro sobre la muñeca derecha de la Madre, levantando la rodilla lo necesario, según lo natural, para que la planta de dicho pie se asiente sobre la dicha muñeca. El piesito diestro cae derecho hacia abajo arriado al cuerpo de la Madre hasta descubrir por abajo toda la planta y pie, cuya punta asienta sobre un doblez de la túnica de su Madre.

Tiene este divino Niño el rostro bien lleno. El color, no tan blanco como la Madre, pero rubicundo. Los ojos, azules también como los de su Madre. La nariz, algo gruesa. Descubre bien los dos dientes del medio, que suelen ser los dos primeros en los niños, con la graciosa boca algo rasgada, porque está llena de risa y la divina cabeza vuelta al pueblo, significando, con esta demostración y la gloria de su divina boca, que, aunque no pocas veces le hicieron llorar los pecadores, en esta preciosísima Imagen de su Santísima Madre se está riendo con ellos.»

La Imagen de Nuestra Señora del Pino de Teror es la misma descrita por Fray Diego Henríquez. La misma que según tradición antigua se tenía por aparecida en tiempos de Cámara y Murga. La visitada por el Obispo Deza en 1558. La misma que estaba en su Iglesia en 1514 al poseionarse de ella el Cabildo Catedral.

Pero, como la tradición no siempre es historia, es muy posible sea cierta la afirmación del Catedrático de Sevilla don José Hernández Díaz.

Opina que la Imagen de Nuestra Señora del Pino de Teror fue hecha hacia el año 1500 por el escultor andaluz Jorge Fernández.

La Imagen, que es de madera de peral, fue restaurada en 1974 por Joaquín Solís y su hermano Raimundo, acompañado de su esposa.

### XIII.—Imagen vestida

Aunque la Imagen del Pino es una escultura perfecta, no obstante desde tiempo inmemorial se ha hecho de vestir. Así la encontramos ya en el inventario del Obispo Deza de 1558, que es el más antiguo que tenemos. Así lo vemos también en las Nieves de la Palma y otras Imágenes.

Cuando en 1660 se construyó camarín a la segunda iglesia, se hizo para ocultar a la Virgen de las miradas del público al vestirla y desvestirla.

Don Juan Ruiz Simón en 1707 ordenó que al tiempo de vestirla no estuvieran presentes sino el Cura, Sacristán y Camarera.

Y también en este punto apareció una leyenda en el siglo XVII. La cuenta en 1684 Blas de Quintana, uno de los testigos en la caída del Pino:

«Oyó decir a muchos y a su suegra Leonor de Ortega, que murió de cien años y era mujer de mucha verdad, que estando en Teror un Señor Prelado y, viendo la imagen de Nuestra Señora desnuda y ser tan hermosa, dijo que se le quitasen los vestidos y se vendiesen; con el descubierta de su hechura que estaba mejor y lo hicieron así. Y que habiéndola descubierta en su

tabernáculo o nicho, fue tal y tan grande la tormenta y tempestad de truenos, relámpagos y agua, que creyeron se hundiera el lugar. Y habiendo si el reparo sería por lo hecho, acudieron a vestirla y luego cesó la tormenta.»

De esta tradición se hace eco Fray Diego Henríquez con la variante de que la Imagen quedó triste y melancólica. Al ser vestida de nuevo recobró su semblante la alegría.

Y termina el Franciscano este punto diciendo, que «mueve más a devoción y veneración ese real adorno y decente aseo, como más proporcionado con la mentalidad de nuestros corpóreos sentidos».

#### XIV—La Virgen del Pino, Patrona

La Virgen de Candelaria fue hasta principios de este siglo la Patrona principal de todo el archipiélago u Obispado de Canarias. En 1678, exponiendo García Ximénez este Patronato, lo supone existiendo desde los años de la conquista. Sus palabras quedan escritas en el capítulo segundo de los estatutos que preparaba para su Catedral.

Creado el pasado siglo el Obispado Nivariense, la Candelaria continuó siendo la Patrona principal de ambos Obispados. Y el mismo Pío IX en 1867 confirmó a la Candelaria en la posesión del título.

Sin embargo, a partir del año 1914, las cosas variaron. Pío X pide informes sobre lo que convenía reformar en las cosas litúrgicas. El Cabildo por aclamación manifiesta que se solicite antes que nada *el cese del Patronato de la Candelaria* en la diócesis de Canarias y que *sea sustituido por el de la Virgen del Pino*.

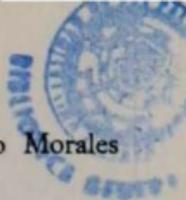
Se abrió expediente. Deponen los Curas de las parroquias y cofradías. Y se envía la solicitud a la Santa Sede.

La contestación no se hizo esperar y llegó en todo favorable a la petición hecha. Da por bueno lo que había determinado el Obispo y su Cabildo. Es decir, cesa el Patronato de la Candelaria en la diócesis de Canarias y es sustituido por el de la Virgen del Pino.

Desde entonces la Candelaria no puede llamarse Patrona de todo el Archipiélago Canario. Su Patronato no llega a las hoy llamadas Islas orientales. Y el seguir proclamándolo así es señal de clara ignorancia. Y los que lo digan pueden ser tildados de personas ignorantes. Lo que fue y cesó, ya no existe.

## BIBLIOGRAFIA

- GARCÍA ORTEGA, José: *Historia del Culto a la Venerada imagen de Nuestra Señora del Pino, Patrona de la Diócesis de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1936.
- QUINTANA, Ignacio, y CAZORLA, Santiago: *La Virgen del Pino en la Historia de Gran Canaria*. Las Palmas, 1970.
- HENRÍQUEZ, Fray Diego: *Verdadera Fortuna de Las Islas Afortunadas y breve noticia de la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Pino de la isla de La Gran Canaria*. Londres, British Museum. Additional, 25-326.
- Expediente sobre La caída del Pino. 1684. Archivo Parroquial de Teror.



- 1.—*Cómo vivían los antiguos canarios*, por Francisco Morales Padrón.
- 2.—*El retablo barroco en Canarias*, por Alfonso Trujillo Rodríguez.
- 3.—*Los primeros europeos en Canarias* (siglos XIV y XV), por Miguel Angel Ladero Quesada.
- 4.—*Organización económica de las Islas Canarias después de la conquista* (1478-1527), por Eduardo Aznar.
- 5.—*Antropónimos guanches*, por Juan Alvarez Delgado.
- 6.—*Las comunicaciones marítimas interinsulares en Canarias* (siglos XVI al XIX), por Carmen Gloria Calero Martín.
- 7.—*La masonería en Canarias*, por Manuel de Paz Sánchez.
- 8.—*Grupos humanos en la sociedad canaria del siglo XVI*, por Manuel Lobo Cabrera.
- 9.—*Figuras de la Iglesia canaria, Tavira* (1791-1796), por José A. Infantes Florido.
- 10.—*La literatura canaria*, por Joaquín Artiles.
- 11.—*El pleito insular*, por Marcos Guimerá Peraza.
- 12.—*La Real Sociedad de Amigos del País de Tenerife*, por Enrique Roméu Palazuelos.
- 13.—*Historia de las tradiciones del Pino*, por Santiago Cazorla León.

EN PRENSA:

- 14.—*Franchy y Roca*, por Andrés Hurtado de Mendoza.
- 15.—*La arquitectura mudéjar en Canarias*, por M.<sup>a</sup> del Carmen Fraga González.
- 16.—*Cajas de Ahorros y Montes de Piedad*, por Juan A. Martínez de la Fe.
- 17.—*Las cerámicas aborígenes canarias*, por Rafael González Antón.

ULPGC.Biblioteca Universitaria

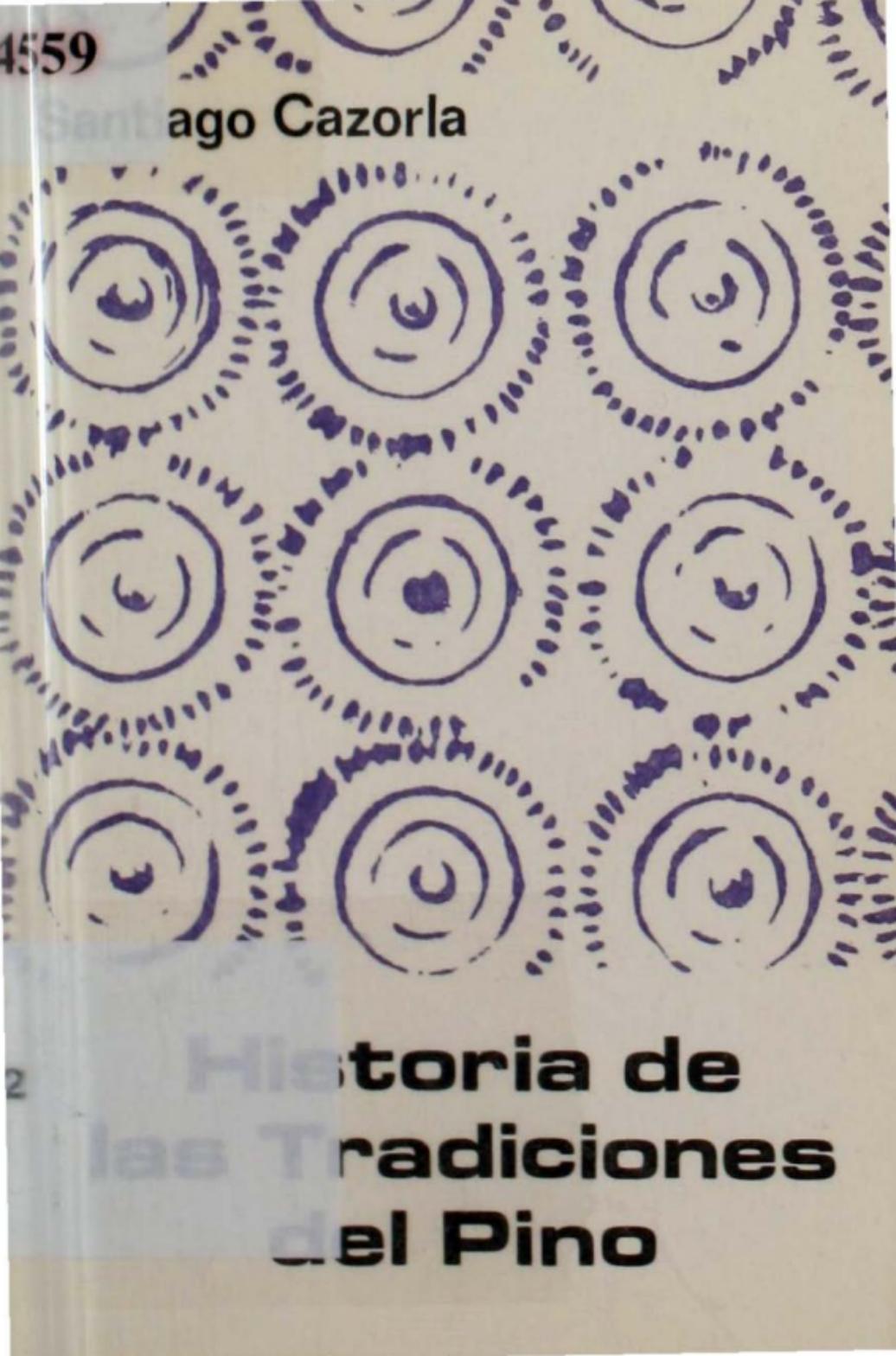


\*959886\*

BIG 394.2 CAZ his

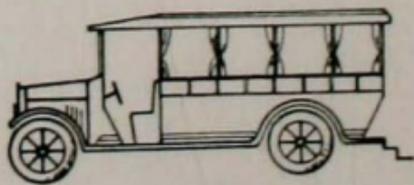
4559

Santiago Cazorla



2 **Historia de  
las Tradiciones  
del Pino**

**DONACIÓN**  
Angelina  
Hernández  
Millares

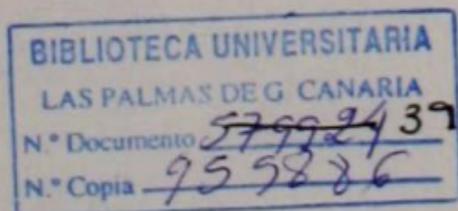


COLECCION «GUAGUA»  
DIRECTOR: FRANCISCO MORALES PADRÓN

SANTIAGO CAZORLA LEON



# HISTORIA DE LAS TRADICIONES DEL PINO



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
1980

COLECCIÓN PUBLICADA POR LA  
MANCOMUNIDAD DE CABILDOS,  
PLAN CULTURAL, Y  
MUSEO CANARIO

Depósito Legal: SE-466-1979 — I.S.B.N.: 84-500-3383-7

---

Artes Gráficas Saleisanas, S. A., Polígono Calonge,  
Parcelas 10 y 11, Nave 7 - Sevilla, 1980

## INDICE

<b>I</b>	Teror	7
<b>II</b>	El Pino de la Virgen	10
<b>III</b>	Los dragos	17
<b>IV</b>	La piedra	20
<b>V</b>	La fuente milagrosa	23
<b>VI</b>	Un Personaje maravilloso	26
<b>VII</b>	Primera Iglesia	30
<b>VIII</b>	Segunda Iglesia	34
<b>IX</b>	La iglesia actual	39
<b>X</b>	La Torre Amarilla	42
<b>XI</b>	Cómo es la Imagen	44
<b>XII</b>	El Niño	46
<b>XIII</b>	La imagen vestida	48
<b>XIV</b>	La Virgen del Pino, Patrona	50

## I.—Teror

*¿Qué es aquello que relumbra  
en la plaza de Teror?  
Nuestra Señora del Pino  
que relumbra más que el sol.*

Esta vieja copla popular nos viene a decir la importancia que tiene Teror, ese pueblo lloviznoso y fresco del centro de la isla de Gran Canaria, para los cristianos de todo el mundo y, especialmente, para las Islas.

Allí se apareció la Virgen del Pino, la Patrona de la diócesis de Canarias, y que hoy es la Provincia de Las Palmas. Teror es por esto la capital espiritual de la Isla.

Hablar de Teror es lo mismo que hablar del pueblo más nombrado de Gran Canaria. El está unido a la Virgen y a todas sus tradiciones. No podemos hablar de la Virgen, del pino, los dragos, fiestas e iglesias sin que aparezca Teror.

Durante la conquista Teror era tan sólo un lugar de monte con el clima, que hemos dicho,

fresco y lloviznoso. Abundaban allí las fuentes de aguas claras, copiosas y corrientes. Unas, muy sabrosas y dulces. Otras, agrias, aunque medicinales y saludables. Y todas, muy cercanas entre sí.

En medio de aquel lugar de montes y de aguas erguía majestuoso un pino muy alto. Sería conocido con el nombre del Pino de la Virgen. Y ésta, a su vez, la Virgen del Pino.

Muchos han querido saber el significado de *Therore*. Diversas han sido las interpretaciones. Diego Alvarez de Silva, fallecido el 22 de junio de 1771, identifica a *Therore* con la palabra terror. Afirma que el nombre se lo dieron los canarios gentiles. Al intentar éstos subir al Pino, jamás lo consiguieron. Y porque se caían, deslizándose por su tronco, llenos de terror, dieron ese nombre al lugar.

Lo mismo opina, aunque bajo otro aspecto, don Ignacio Jiménez Romero, maestro de ceremonias de la Catedral de Canarias, en su trabajo *Aparición de Nuestra Señora del Pino*, escrito en 1905. Pone el nombre en labios de los españoles.

«Teror, dice él, es un valle circunvalado de una cordillera de montañas y sierras... Por el nordeste, por donde está una entrada de peligrosos desfiladeros, penetró el ejército español conquistador. Pero los indígenas, encaramados en las crestas de la cordillera, arrojaban enormes piedras sobre los soldados, matando a muchísimos, mutilando a los demás y sembrando el espanto y el terror en todo el ejército de tal modo, que tuvieron que retirarse, dejando en aquel sitio el fatídico nombre de *Valle del Terror*.»

Otra interpretación distinta la trae hacia 1640 el autor del anónimo que copia Fr. Diego Henríquez. Sostiene que se llama Therori, porque el dueño de aquellos terrenos, en la conquista de la Isla, se llamaba Terori y allí guardaba sus ganados.

Por nuestra parte tenemos que recordar que Therore es nombre aborígen. A fines del siglo XV llegaron a la Península como esclavos muchos canarios. Entre ellos, uno se llamaba Atterura y otro Aterore.

Y en cuanto a suponer que el pueblo de la Virgen tiene nombre de terror, a nosotros no nos agrada. La alegría, la paz y las luces le quedan mejor, como es fácil observar en todas las tradiciones del Pino.

## II.—El Pino de la Virgen

Nuestros padres nos contaron que la Virgen quiso aparecer en la eminencia de un pino. La curiosidad de nuestra devoción anhela conocer detalles. Tiene necesidad le digan todo lo referente al pino y a los dragos, a la piedra y fuente de los milagros.

El pino es el primero y principal elemento de aquello que nos dijeron nuestros padres. Da nombre a la tradición. Fue el primer trono de la Virgen. Permaneció mucho tiempo en Teror, como alerta centinela, vigilando su Iglesia. Los planos de la segunda Iglesia nos señalan el lugar exacto donde estuvo.

Su altura alcanzaba las cincuenta varas. La circunferencia de su tronco, treinta y dos palmos. Su tronco liso se dividía a las treinta varas del suelo en tres gruesos ramos. Luego se subdividía en muchos ramos más, formando su copa, como pino canariense, siempre verde y frondosa. Un hueco había en su tronco por la parte del naciente. En él solían esconderse los niños de Teror, durante sus juegos en la plaza.

De él nos dijeron que era tan único y tan solo que en una legua de sus alrededores no hallaron

otro de la misma especie. Es decir, vivió solitario fuera de los pinares.

También contaron que, por su gran altura, causaba espanto a quienes lo miraban. Y es que en el suelo se oía el silencio. Y, en lo alto, violineaban los vientos canciones de misterio.

El amor y veneración que los canarios le tuvieron fue siempre muy grande. Buscaban cáscaras del pino y se llevaban sus resinas como remedio a sus dolencias.

Sus piñitas eran muy apetecidas. Engarzadas en oro o en plata, se enviaban como regalos a las personas amigas o constituidas en dignidad.

Para evitar que el Pino se perdiera arrancándole cáscaras, el Obispo Cámara y Murga mandó cercarlo el 9 de septiembre de 1631. El cerco de piedra con su puerta de madera permaneció en Teror hasta su caída.

Se decía en el siglo XVII que en una ocasión intentaron cortarlo. Necesitaban una prensa para un ingenio de Arucas. Al primer golpe se quebró el hacha. Lo mismo al segundo. Al tercero se despidió el hacha y le dio en la pierna al leñador, hiriéndole malamente. El Pino no se cortó.

Andando el tiempo cada vez que se hablaba de quitar el Pino para que no agrietara la Iglesia, los ancianos solían contestar recordando lo sucedido en aquella ocasión.

Así lo cuenta Isabel del Toro en 1684 por habérselo oído a su madre.

Para subir al Pino, como propiedad de la Iglesia, era necesario el permiso de la autoridad eclesiástica. La historia habla de dos escaladas. Ambas en presencia de Prelados.

Fue la primera en los tiempos de Cámara y

Murga. Se hallaba en Teror y manifestó deseos de conocer lo que había junto a los dragos en lo alto del Pino.

Un forastero se brindó a complacerle. Era, según algunos testigos, de nacionalidad italiana y mampostero de profesión. Se encontraba en el lugar trabajando en la casa que construía Sebastián Fernández de Quevedo.

Para subir se hizo con una caña grande, como las de pescar, y un clavo cruzado en uno de sus extremos. Con ella fue colgando una soga en los gajos del Pino que podía. Luego subió por la cuerda ante una multitud expectante. Al llegar a los dragos quedó sorprendido. Descubrió algo que nadie había visto hasta entonces: la piedra con las huellas de los pies de la Virgen. Así lo proclamó desde lo alto. Fue una revelación para todos.

Ante este hecho dijo el Prelado: «Si hubiera otro hombre que subiera de aquí porque se supiese con más certeza me holgara».

Entre los presentes estaba Andrés Hernández el Viejo, llamado el de Monagas. «Un hombre bien conocido y abonado y que no diría otra cosa que la verdad». Era lo que se necesitaba.

Por las mismas cuerdas del italiano llegó a lo alto del Pino. Observó atentamente lo que había y dio fe de que lo que decía el primer escalador era verdad. No pasó de los dragos, porque «no quería colocar sus pies donde los había puesto nuestra Señora».

Estando los dos en el Pino, los que estaban en el suelo por las cuerdas les subían cintas de varios colores. Tocadas en la piedra y en los dragos, eran guardadas como reliquias, después de besadas con respeto.

Es la primera vez que se habla de la piedra. Cámara y Murga confiesa no haberla visto «por ser el Pino tan alto».

La segunda escalada histórica al Pino fue en 1640. Hablan expresamente de ella el autor del Anónimo y el Capellán de la Virgen, Don Roque Pérez Quevedo. Los dos fueron testigos oculares.

Era Obispo de Canarias Don Francisco Sánchez de Villanueva. Había subido a las fiestas de Teror y a predicar el panegírico. En presencia del Pino le hablarían de la escalada en el Pontificado de Cámara y Murga.

Como él mostró «deseos de saber qué es lo que se oculta al pie de los dragos, si hubiera un hombre que subiera me holgara».

Cumpliendo los deseos del Prelado subió un marinero portugués. Llegó a la parte en donde estaban los dragos. Registró lo que había. Señaló el tamaño de la laja y el de las huellas de los pies. Cogió muchas piñitas y hojas de culantrillos y las regaló, al bajar, a Don Francisco Sánchez de Villanueva.

Este observaba todos los movimientos del marinero portugués desde la casa del Cura, Don Juan Rodríguez de Quintana, que traen los planos de Teror.

Una de las cosas importantes de esta subida fue la cruz de madera que el portugués llevó consigo de más de una vara de largo. Debía fijarlo en lo más alto del Pino. Por el camino se le cayó el clavo y tuvo que usar la barrena para que la cruz quedara en el Pino.

El 17 de abril de 1684 declaró el Cura de Tejeda, Don Francisco Blas Rodríguez, «que sabe, por haberlo visto, se halló hoy de presente la

barrena en el dicho Pino y la cruz se había caído años ha». Se equivocaba Don Pedro Agustín del Castillo, que asegura que en esa fecha apareció la cruz.

Entre las cosas que se hablaban por entonces, está lo que dice el autor del Anónimo, que, al querer el marinero portugués medir en la piedra las huellas de los pies de la Virgen, no pudo hacerlo, por entrarle un gran temblor en las manos y en todo el cuerpo.

También cuenta Marín y Cubas que en su tiempo se había encontrado un documento curioso. En él se decía que el portugués arrojaba desde lo alto hojas de drago. Y cuando las abrían por el tronco veían en cada parte señalada la imagen de Nuestra Señora con su Niño en brazos muy perfecta.

Los pinos no son eternos. Como no lo son los dragos de Canarias ni los bíblicos olivos, aunque sean más que milenarios. Y nuestro Pino Santo de Teror dejó de existir.

Era el 3 de abril de 1684, lunes de Pascua de Resurrección.

El primero en percatarse de lo que pasaba en el Pino fue Fray Andrés Maldonado, Dominicano del Convento de San Pedro Mártir. Se hallaba en Teror con motivo de la Semana Santa.

Bajando Fray Andrés a las siete de la mañana de aquél día a la Iglesia desde la casa parroquial, vio a Gaspar Ojeda y a Fabián Pérez sentados en el cerco del Pino. Aguardaban la hora de la misa. Les preguntó si tenían algunas piñitas del Pino. Contestaron que una, y se la regalaron. Seguidamente abrió la puerta del cerco con la llave. Entró dentro y quedó sorprendido al oír estalli-

dos en el Pino y al ver una enorme raja en su tronco. También los dos que aguardaban a misa habían oído los estallidos antes. Pero creyeron eran piedras que tiraban desde fuera.

El Cura llegó a toda prisa. Congregó al pueblo con las campanas. Dio órdenes de que las bajasen, mientras él hacía en la Iglesia rogativas con la Virgen exponiendo el Santísimo. Se ruega porque la Iglesia no sufra daño. Temían por la dirección del vendaval, que empujaba al Pino contra ella.

Se puso en el Pino la escalera grande de la Iglesia. Se bajó la campana pequeña y también la grande. Mientras Gregorio Hernández, de 21 años de edad, se hallaba con el rostro pegado al Pino para hacer más fuerza y quitar el arco de las campanas, el árbol se iba cayendo y estallando. Los que permanecían fuera del templo le daban voces para que se quitara.

Colocadas las campanas dentro de la Iglesia, el Pino se rindió. Cayó al suelo, como si lo vinieran sosteniendo. A modo de un hombre que se sienta con pausa y sosiego. No se oyó más ruido que las piedras del cerco y la paredilla del Alférez Juan Pérez y las ramas que se iban quebrando conforme caía. Se habla de un álamo existente junto al Pino.

La Iglesia no experimentó daño alguno. Los que estaban en ella se enteraron de la caída cuando entraron los de fuera a decirlo.

La caída del Pino fue para todos, y principalmente para Teror, un verdadero día de luto. Aquel mismo día el Cura Don Juan Rodríguez comunica la triste noticia al Provisor de la Diócesis. Entre las frases de su carta leemos las siguientes:

«Nosotros las hemos tenido bien amargas y con grandes lloros y sentimientos por la caída del Pino de Nuestra Señora. Le aseguro que si al lugar se le hubiera perdido todo lo que él vale, no hubiera habido mayores lloros.»

También el Cura escribió al Obispo García Ximénez, residente en Santa Cruz de Tenerife. En el expediente de la caída tenemos la respuesta del Prelado. En ella da las gracias por la cajita de piñitas que se le habían enviado. Recomienda se haga todo lo posible porque se encuentre la piedra de las huellas. Y manda se ponga en la Iglesia un trozo del Pino, como se había hecho con los dragos.

La contestación del Provisor Don Andrés Romero Suárez Calderón está fechada el 6 de abril de aquel año. Manda en ella se haga información de los detalles y circunstancias de la caída del Pino, tomándole las medidas.

A él le debemos ese precioso documento sobre el Pino, donde deponen treinta y cuatro testigos, además de lo que cuenta el tribunal. El original se guarda en el archivo de la Parroquia de Teror con un escrito siguiéndole los pasos hasta su llegada de nuevo a Teror.

### III.—Los dragos

El drago es un árbol autóctono de Canarias, como lo es el «*Pinus Canariensis*». Su tronco o mástil siempre derecho está limpio de hojas y ramos. Sólo camina el cogollo, pero siempre cercado de brazos, que extendiéndose con igualdad forman una copa circular. Unicamente el mástil principal y los extremos de los brazos tienen hojas. Estas suelen medir palmo y medio de largo y dos dedos de ancho. Semejantes a las de los lirios.

Su savia es de color rojo. Recogida y seca se vuelve a liquidar calentándola al fuego. Con ella se untaban unos tiernos palillos y se llevaban hasta tierras lejanas para limpiar y endurecer la dentadura.

Su savia se conoce todavía con el nombre de «sangre de drago». Los que nunca habían oído hablar del drago como árbol, lo identificaban con una fiera.

Pues bien, en el Pino de la Virgen, en lo más alto, había tres dragos, viviendo en él como parásitos. Habían nacido en el mismo Pino.

Decimos esto porque hemos sido testigos, du-

rante años, de un drago parásito de un pino. Había nacido de una semilla llevada por los pájaros a uno de los pinos del jardín de Arucas de la Marquesa, que está junto al campo de tenis. Tenía unas tres cuartas de altura, y hace ahora dos años que se secó.

Los dragos del Pino de la Virgen fueron cayendo uno a uno. El primero murió antes de la subida al Pino del italiano y de Andrés Hernández el Viejo de Monagas. El Obispo Cámara y Murga ya sólo cita dos. Según los libros parroquiales, el primer drago se cayó del Pino unos cincuenta o sesenta años antes que el segundo. Es decir, en fecha comprendida entre los años 1621 a 1631.

Del segundo drago tenemos fecha de su caída. Fue en octubre de 1681. Hacía unos cuatro o cinco años que se había secado y un vendaval del Poniente lo tiró al suelo. Los pedacitos fueron repartidos como reliquias. Un trozo del mismo, como de una vara, se colocó en la Iglesia.

De todo esto se levantó acta y se anotó por mandato del Obispo García Ximénez en el II Libro de Visitas y Mandatos de aquella Ayuda de Parroquia. El libro se ha perdido. Pero, afortunadamente, tenemos copia literal de la misma en la obra de Diego Henríquez.

El tercer drago se vino con el Pino en aquel memorable 3 de abril de 1684. Con la caída se rompió en dos partes. La del cogollo fue inmediatamente colocada en la Iglesia por el Alguacil Alvaro Yáñez el mismo día de la caída del Pino. La parte de las raíces también fue depositada en el templo, pero después de haber sido llevada a su casa por Francisco Pérez Quevedo. Defendía

Fernando Pérez que todo aquello pertenecía a sus padres y abuelos.

La parte del cogollo de este drago se depositó en el templo en el remate de una columna sobre la cornisa del crucero, haciendo pareja con el anterior.

Allí permanecieron mucho tiempo. Fray Diego Henríquez da fe de ello. Si creemos a Marín y Cubas, el drago continuó verde y echando hojas nuevas durante cinco años más.

#### IV.—La piedra

Dentro de la historia del Pino y de los dragos también entra de lleno la lápida que sirvió de pedestal a la Imagen de la Virgen con la huellas de sus plantas. Los únicos afortunados que la vieron fueron los que escalaron el pino. Desde el suelo nadie pudo verla «por ser el pino tan alto», según frase de Cámara y Murga.

Estuvo en lo más alto del Pino rodeada de unas yerbecitas, como culantrillos de pozo o de polipodio, siempre verdes y frescos, como si los regaran.

Al caer el pino, la piedra de las huellas no pudo encontrarse. Y no pudo comprobarse si era de duro pedernal, de mármol jaspeado y espejoso o de cantería azul. Tampoco pudo saberse si era de color verde, de dos o de tres colores, como apuntan algunos testigos.

Para indicar su tamaño decían unos que era «como una piedra de ara pequeña», «como de la muñeca a la punta de los dedos», «como las dos manos juntas», «del tamaño de un palmo».

Tan pronto cayó el Pino, empezaron las investigaciones para conocer el paradero del pedestal. Todos los intentos hechos resultaron inútiles.

En Teror se corrió la voz de que Fernando Pérez de Quevedo se la había llevado a su casa. Y lo había hecho cuando se llevó la parte del drago caído con el Pino. Lo llevó a hombros a su casa pasando por «la puerta del sol» de la Iglesia de entonces.

Dijeron muchos testigos que el mismo día 3 de abril vieron en su yegua a Fernando Pérez camino de la ciudad llevando en sus alforjas ramas y raíces de dragos.

El 4 de abril estuvo en la Vega de Santa Brígida Fernando Pérez. Y hablando con su amigo Mateo Suárez Luis, en presencia de Lázaro de Troya, le dijo que él tenía en su casa la piedra que buscaban.

Lázaro Troya contó la conversación a los hermanos Diego y Bartolomé Pérez y así lo declararon en el expediente.

Sin embargo, interrogado por carta Mateo Suárez Luis contestó al Cura Don Juan Rodríguez el 12 de abril de aquel año de la caída del Pino lo siguiente:

«Preguntándole Mateo Suárez a Fernando Pérez por la laja, que se decía estaba en el pino con unos pies señalados me respondió no se había hallado allí y que la habían buscado y no se pudo hallar».

¿Sería verdadera esta confesión de Mateo Suárez o sólo una excusa para disculpar a su amigo? Nada sabemos.

El 23 de abril se recibió una carta de García Ximénez con fecha de 21 contestando a la que le había escrito el Cura de Teror comunicándole la caída del Pino y sus detalles. En ella recomienda

al Cura haga todas las diligencias posibles por recuperar la piedra y que mire si en la caída se había incorporado en el pino. La piedra, como hemos dicho, no apareció.

Sobre ella se dijeron muchas cosas. Juan Agustín de Bethencourt Travieso contaba haberle oído a su tía nonagenaria que en 1745 la piedra fue embarcada en el navío de Baltazar de Padilla y se hundió en el mar.

Otros, según recoge Diego Henríquez, dijeron que fue llevada a Méjico y que se conservaba en la parroquia de Campeche «en decentes vidrieras con la veneración debida a tan sagrada reliquia».

Lo que hablaba la gente sobre esta materia se echa de ver en las palabras de Marín y Cubas en su manuscrito de 1687:

«El que escondió la piedra que tenía señaladas las plantas de la Virgen padece hoy muchos trabajos y aflicciones».

## V.—La fuente milagrosa

De los elementos que rodean a la aparición de la Virgen nos resta tratar de una fuente milagrosa. Los enfermos que bebían sus aguas o se bañaban en ellas recibían la salud.

Para unos ese manantial nacía al pie del Pino entre cascajos. Para otros, descendía por el interior del Pino y salía por el hueco que señalaban en su tronco en la parte del Naciente.

En el siglo XVII todo el pueblo tenía bien arraigada en su alma esta creencia de la fuente de los milagros. Basta ojear las declaraciones de los treinta y cuatro testigos que deponen en la caída del Pino.

Sin embargo, no hay un sólo testigo, ni cronista tampoco, que diga haber visto la fuente. Todos afirman haberlo oído así a sus mayores.

Y esto, aunque sea un testigo de 84 años nacido en 1599. Tal es el caso del vecino de Teror Juan Hernández Rodríguez, cuyo testimonio transcribimos por su interés teológico. Confiesa que Dios es el verdadero autor del milagro:

«Oyó decir que al pie del dicho Pino estuvo una fuente que bebían y bañaban enfermos y con

la voluntad de Dios y dicha agua recibían la salud».

Todos los testigos, pues, vieron el lugar de la fuente sin agua. Explican el hecho de distintas maneras. Para unos la fuente dejó de manar cuando en una gran epidemia se reunieron los principales del pueblo para deliberar si convenía exigir limosnas a los enfermos para ayudar a su Iglesia.

Para otros fue el mismo Cura el que pedía a los míseros gentiles su gofio y ganados a cambio del agua. Y hasta dicen que el Cura era de nacionalidad portuguesa, que se llamaba Tristán y que la Parroquia estaba en San Matías, cuyos datos no concuerdan con la historia de verdad.

Hablan de esta circunstancia el autor del Anónimo, Fr. Diego Henríquez; Marín y Cubas y los testigos en la caída del Pino Luis Rodríguez, Isabel del Toro y Juan Rodríguez el de Sumacal.

Debido a esta creencia de la fuente, muchos aplicaban el oído al Pino y decían percibir el sonido de agua como que bajaba de lo alto. Lo repite Fr. Diego Henríquez.

Entre los que aplicaron el oído está el Padre José de Sosa, de quien son las siguientes palabras:

«Aún me dicen que hasta hoy se oye en la misma parte el sonido o ruido del agua; mas yo no le he podido oír, aunque algunas veces me he puesto atentamente a escuchar al pie de dicho Pino, quizá, porque no lo merezco, pues me han certificado muchas personas que lo han visto».

Y también en nuestros días subsiste la tradición. Casi a los tres siglos de caído el Pino. En el Arbol de la Virgen de Don Miguel Suárez lee-

mos: «Todavía hoy subsiste una tradición, según la cual, bien aplicando el oído sobre el suelo al sonar en la vieja torre el toque de ánimas, o bien al filo de la media noche, se oyen rumores subterráneos de aguas que se agitan misteriosamente».

Existiera o no la fuente de los milagros, poco importa. Ella dio pie a esta riqueza de creencias del valor folclórico que todos contemplamos.

## VI.—Un personaje maravilloso

En este capítulo llegamos a lo más importante de las tradiciones del Pino: las apariciones de la Virgen y su imagen.

Los gentiles canarios contaron a los españoles, que hacía más de cien años que sus antepasados y ellos estaban viendo en el pino gigante del valle de Teror una rara maravilla, una claridad agradable y continuada, una estrella de mucho resplandor que en las noches iluminaba los valles y doraba cumbres y montes, un personaje maravilloso que bajaba del pino y hacía procesión en círculo, acompañado de luces, alrededor de él.

Al principio los cristianos no creían a los canarios. Los tenían por «perros idólatras». Pero cuando unos españoles vieron «por tres noches continuas repetidas luces sin saber la causa, depusieron su actitud.

Ya conquistada la Isla y en el reparto de tierras subieron a Teror los conquistadores a estudiar el prodigio. Les acompañaban isleños conocedores del lugar.

Al llegar a Teror descubren en el Pino la imagen de la Virgen. Corren de nuevo al Real de las

Palmas y avisan al Obispo don Juan de Frías. A toda prisa se presentó en el lugar. Levanta los ojos al Pino y no ve luces y resplandores; pero sí la imagen devota de Nuestra Señora del Pino que hoy veneramos en su templo.

Estaba en lo más alto del Pino «entre cuatro ramos, que se dividían como a las cuatro partes del mundo». Tres hermosos dragos le hacían sombra. A sus pies estaban los verdes culantrillos. La piedra con las huellas no se veía desde abajo.

Al día siguiente la Imagen no estaba en el Pino. La ven en el suelo. Y allí mismo, junto al Pino, le construyen una diminuta iglesia «de piedra sola». En ella quedó la sagrada Imagen, que pronto será bautizada con el nombre de Virgen del Pino.

El autor del Anónimo cuenta así lo acaecido aquel día:

«Los conquistadores, todos llenos de gozo con la experiencia y dichosa vista del portento y que los canarios les habían dicho, acatando la dignidad, despacharon luego posta con la alegre nueva al Obispo don Juan de Frías que había quedado en el Real de Guinguada, el cual, apenas recibió el aviso del milagroso aparecimiento de esta Señora en el Pino, partió de allí saliendo al punto del Real, y, tomando sin dilación el camino, guiado de la posta, llegó al puesto de Terori y mostrándole el portento llevándole a la presencia de la Virgen, levantó los ojos al Pino, y viendo aquella hermosa y grave Reina, las rodillas en tierra la adoró e hizo devota oración, dándole infinitas gracias a Dios Nuestro Señor por tan gran portento y maravilla y por los buenos sucesos que por su intercesión y favor habían conseguido, que-

dándose un rato admirado contemplando en la divina imagen de María Santísima y en el divino Niño, que resplandeciente en sus divinos brazos se mostraba.

Asistieron algún tiempo en aquel sitio con el gozo de tan amable y rico hallazgo; y, hallándole otro día en lo más bajo del Pino, le fabricaron una pequeña iglesia, colocando en su altar esta Santísima Imagen con reverencia, devoción y decencia debida y con gran regocijo de los cristianos corazones».

Leyendo los datos que llevamos anotados, la tradición parece hablar de apariciones personales de la Virgen y de la aparición de su Imagen.

Se trata de la Virgen en persona cuando se narra la bajada desde el Pino de aquel personaje maravilloso y que camina en procesión alrededor del árbol. La Imagen ni sube ni baja; ni camina en procesión de un sitio para otro. Aquellas luces y resplandores que decían ver los canarios se aplican mejor a la Virgen en persona que a su Imagen.

De que también hablan de la Imagen aparecida no hay duda alguna. Lo dicen expresamente. Era tradición antigua en el momento de ordenar el Obispo Cámara y Murga el cerco del Pino el 9 de septiembre de 1631:

«Por ser tradición antigua apareció en él la Santa Imagen del Pino.»

Continúan manteniendo esta tradición de Imagen aparecida los Obispos Dávila y Herrera. El primero no oponiendo reparos al libro de los Milagros, el 31 de marzo de 1735, donde se escribe que la Imagen está en Teror desde su aparición. El segundo, aprobando en 1783 el reglamento de

los capellanes de la Virgen, «cuya Imagen aparecida maravillosamente en Teror ha atraído los corazones canarios».

Esa es la voz de todo el pueblo, que se manifiesta en la declaración de tantos testigos en la caída del Pino, y en todos los cronistas, que, a partir del siglo XVII con Cámara y Murga, hablan de ella.

## VII.—La primera Iglesia

El templo de Teror es uno de esos lugares insignes de que habla San Juan de la Cruz. Dios se vale de ellos para llenar de fervor a las almas y entregarles los tesoros de su gracia. La experiencia así lo demuestra.

No hablamos aquí de aquella que dicen construida de piedra seca junto al árbol el día del encuentro de la Imagen. Pertenece a la prehistoria.

Nos referimos, pues, a la primera ermita histórica de la que hablan las actas del Cabildo ya en 1514. El 14 de noviembre de aquél año ya fue el Canónigo Juan de Troyas comisionado por el Cabildo para tomar posesión «de la Iglesia de Santa María de Terore que el Señor Obispo unió a la Iglesia Catedral».

La constitución de esta unión, que es la 136 del Sínodo de Arce, fue promulgado el 15 de abril del siguiente año.

Las primeras misas dichas en esta Iglesia, que sepamos, fueron las tres que debió decir el Canónigo Juan de Truoya en noviembre de 1515. Por lo menos con esa condición se le dio licencia el 23 de aquél mes y año.

Hay un acuerdo del Cabildo del 7 de octubre de 1521 para dar cinco doblas al clérigo que dijere misa en aquella Iglesia los domingos. Y otro del 3 de abril de 1528 volviendo a conceder los mismos cinco doblas para el sacerdote que fuera a decir misa los domingos, fiestas de la Virgen y de los Apóstoles.

Este último acuerdo fue atendiendo una súplica escrita por «las personas que viven en el término de Nuestra Señora de Terore».

Esta debió ser la iglesia que visitó el Obispo don Diego Deza desde el 12 de marzo al 21 de abril de 1558, a quien llama «Iglesia de Nuestra Señora del Pino».

Por los detalles de la visita nos hacemos una idea, más o menos exacta, de cómo era este templo de Teror. Estaba edificado junto a la huerta de un tal Falcón o Halcón y a las tierras calmas de Juan Pérez de Villanueva, donadas ambas a la Iglesia.

Era una Iglesia de una sola nave. Su capilla mayor estaba separada del cuerpo de la Iglesia por una reja de madera; señal inequívoca de ser de Patronato.

La imagen de la Virgen del Pino presidía en el altar mayor vestida y enjoyada. A sus lados tenía otra imagen de la Virgen también de bulto y un Niño Jesús con camisita de toca de seda y chamarra de tafetán blanco.

El sagrario era una alhacena del lado derecho del altar mayor con puertas de madera guarnecidas de molduras.

A las espaldas o testero del altar mayor estaba un paño de Flandes pintado con un Crucifijo,

Nuestra Señora, San Juan, la Magdalena y otras muchas imágenes.

El bautisterio con su «pila de cantería colorada» estaba entrando a la derecha. Había este año 1558 libro de bautizados, que hoy ya no existe. En fecha entre junio de 1574 y agosto de 1576 se compró un lebrillo vidriado de verde para poner dentro de la pila. Su costo fue de 294 mrs.

El campanario se veía sobre la Iglesia, es decir, la espadaña, y en ella la campana «con que tañen a misa».

Se habla de un retablo viejo de madera en que está pintada Nuestra Señora; de un tabernáculo, también de madera, en que ponen a Nuestra Señora en Semana Santa; cuatro bancos de palo en el cuerpo de la Iglesia donde se sientan; unas andas pequeñas en que suelen llevar en procesión a la Virgen; en la sacristía, 900 ladrillos para enladrillar la Iglesia.

Sobre la reja de la Capilla mayor estaba un Crucifijo grande de bulto con la cruz teñida de verde.

Poco después de la visita de don Diego Deza, los vecinos de Teror y de la Vega de Santa Brígida pretenden que sus Ayudas de Parroquia del Sagrario se conviertan en Beneficios. Tendrían parte en los diezmos y primicias y sus Curas no serían ad nutum Episcopi, sino propietarios por oposición.

El Cabildo el sábado 11 de abril de 1567 acordó oponerse a esta pretención de ambos vecindarios.

Los Patronos de la Capilla mayor eran los Pérez de Villanueva. El 23 de noviembre de 1551 hace testamento Juan Pérez de Villanueva. En él,

al disponer que su cuerpo sea enterrado en la iglesia de Nuestra Señora del Pino, a la izquierda de la sepultura de los clérigos, dice «porque la dicha Capilla mayor es mía y yo la hice a mi propia costa».

El 18 de octubre de 1582 subió a Teror el Obispo Rueda. Era entonces Patrono de la Capilla mayor Don Diego Pérez de Villanueva. A él se dirige el Prelado para que evite se caiga la Capilla. Estaba toda apuntalada.

El 20 de octubre del siguiente año insiste en lo mismo el Prelado mandándole a él y al Mayordomo que buscaran un carpintero perito que diera su parecer en lo que había de hacerse.

Para esto fue llamado el Maestro mayor de carpintería de la Catedral, Pedro Bayón, que cobró por su trabajo trece doblas. Ignoramos su decisión. Esta Iglesia no se debió techar de nuevo, a pesar de la promesa del Patrono de hacerlo después del invierno de 1583. Se compra también madera de palma.

Mientras se construía la segunda Iglesia, cuyos cimientos se estaban abriendo en octubre de 1582, continuaba abierta al culto la primera. Da la impresión de que el lugar donde estaba construida era donde se hizo la segunda.

Así se explicaría por qué el Pino estaba a solo una braza de la puerta principal. Y también aquel mandato del año 1595, de que no se tire la primera Iglesia hasta que se hayan terminado de labrar todos los cantos de la segunda.

El 23 de mayo de 1599 la primera Iglesia había sido derruida. San Matías hacía de Parroquia y en ésta los Dominicos fundan su Cofradía.

## VIII.—Segunda Iglesia

Los cimientos de la segunda Iglesia se estaban abriendo el 18 de octubre de 1582. Así los vio el Obispo Rueda en su visita a Teror y aconsejó al pueblo la hiciera. La primera estaba casi en ruina y toda apuntalada.

El Prelado pedía a los feligreses que ayudaran con su dinero, personas, esclavos, criados y animales. Les autorizaba trabajar los domingos y festivos una vez que hubieran oído la misa. Y les concede a los que cooperen en la obra cuarenta días de indulgencia.

Los de Teror pidieron ayuda al Cabildo Catedral por la unión que había entre ambas Fábricas. La Catedral no pudo por estar escaso de dinero. Acababa de inaugurar en mayo de 1570 su «Media Iglesia» y daba los últimos retoques a las hoy capillas de Santa Teresa y León y Castillo.

El 9 de octubre de 1583, con autorización del Obispo se deshizo la unión con la Catedral. La Fábrica del Pino se hizo cargo de los bienes de su Iglesia.

Los trabajos continuaron. El 13 de mayo de 1601 los techos de la Capilla mayor y las dos del

crucero tenían colocado el enmaderamiento. Lo había puesto Pedro Bayón, carpintero mayor de la Catedral desde el 2 de mayo de 1572 y muerto el 24 de marzo de 1603. Cobró por su trabajo ciento sesenta doblas, que fue lo que pactó ante el escribano Bartolomé Solís.

Mientras se enmaderaban los techos de las capillas, hacía puertas y bastidores el carpintero Andrés de Medina.

Luego, entre abril de 1603 a diciembre de 1606, encontramos techando las tres naves de esta iglesia al carpintero Gabriel Martín, que cobra novecientos sesenta y cinco reales, al Maestro mayor de cantería Bartolomé Díaz, que con sus oficiales hace las paredes que iban sobre los arcos en sólo doce días y medio, y al cantero Luis Morales, haciendo la Portada con su hijo.

Se compraron ciento noventa y dos ladrillos para enladrillar la iglesia y seis mil quinientas tejas para subrir sus techos.

El Cabildo, en 1608, donó trescientas dos doblas para continuar las obras, y el 20 de julio del siguiente año le prestó, por ocho días, una maroma.

¿Cuándo se abrió al culto esta segunda iglesia? No lo sabemos con exactitud. Sin embargo, el 28 de octubre de 1608 parece que ya lo estaba.

Se prohíbe a las mujeres que no tengan asiento propio, el sentarse en las capillas mayor y laterales; se manda poner en su lugar la pila de bautismo de la anterior iglesia; se ordena que se hagan dos confesionarios y se pongan en el cuerpo de la iglesia con tal que no pasen de las puertas traviesas a la mayor; y por último, que se

tape el mojinete sobre la portada y se haga sacristía.

Del primero de estos mandatos parece que ya la iglesia estaba abierta.

La sacristía se estaba construyendo el 15 de julio de 1615. La estaban haciendo Matías Morales y un compañero. Cobran ciento sesenta y cinco reales.

El nicho de la Virgen en el altar mayor lo costeó el Obispo Antonio Carronero, el mismo que envió de España una lámpara de plata y que se recibió el 7 de septiembre de 1622.

El coro, que se puso en la nave central cerca de la puerta mayor, y la reja, que divide la capilla mayor del cuerpo de la iglesia, fueron hechas por el carpintero Gabriel Martín, que cobra trescientos reales, el día 18 de julio de 1628.

El camarín de la Virgen se hizo sobre la sacristía hacia 1660 para vestir y desvestir la imagen fuera de la vista del público. Al mismo tiempo se le hizo al nicho una puerta por detrás hacia el camarín, y el mismo nicho se agrandó haciéndolo de nuevo de cantería y dorándolo.

El 23 de enero de 1687 la Iglesia cambió una campana pequeña por un reloj. El Doctoral don Juan González Falcón hizo el cambio, porque necesitaba la campana para la ermita, que entonces construía en Arbejales a San Isidro.

Si la campana se conservara, tendríamos, quizás, la campana pequeña que colgaba del Pino el día de su caída.

El Libro de los Milagros, las actas del Cabildo y un legajo corriente hablan de un incendio ocurrido en la sacristía de esta Iglesia, debido a la explosión de medio quintal de pólvora. El fuego

se propagó al camarín de la Virgen, que estaba encima de la sacristía, y a la capilla mayor, llenándolo todo de humo. Disipada la humareda entraron en el templo y encontraron a la Virgen del Pino junto al crucero de la capilla mayor, a la izquierda, diez o doce varas distantes de su nicho, en pie y sin lesión alguna, como si con manos hubiera sido trasladada, no habiéndosele movido ni siquiera la corona que estaba prendida con alfileres. Sólo se notó, que, siendo la imagen tan blanca y hermosísima, le quedó el color pálido y amarillo, y se observó mantenerse así hasta el día de su fiesta. La onda de aire de la explosión había trasladado a la Virgen de su nicho.

El Cabildo, atendiendo una solicitud del Mayordomo de la iglesia, ayudó con la suma de mil reales de «limosna para ayuda de reedificar la Iglesia que se quemó».

En las cuentas aprobadas en 1742 se habla de un gran arreglo en la Iglesia. Se reedificó la capilla mayor, nave, capillas colaterales y medias naves con el mayor primor; se le hizo pavimento enlosándose la sacristía y se le pusieron vidrieras a todas sus ventanas.

El 18 de septiembre de 1759 visitó la Iglesia por el Obispo Morán el Tesorero de la Catedral Don Estanislao de Lugo y Viña. Encontró a la Iglesia en un muy mal estado y mandó que un maestro inteligente observara «el arco de la capilla mayor y pilar junto al cual se halla el púlpito». A la vista amenazaban ruina.

El 15 de febrero de 1760 el Obispo Morán, desde Santa Cruz dio licencia al Cura de Teror para que bendijera las salas bajas de la casa de

la Cofradía y trasladara a ellas el Santísimo y la Imagen de la Virgen y demás.

La bendición y traslado se llevó a término el 20 de abril de aquél año 1760. Así terminó la segunda Iglesia de Teror, que nos da, con los planos a la vista, el lugar exacto donde estuvo el Pino.

Este templo, según vemos en los planos y descripción hecha por Fray Diego Henríquez, era «de tres naves que se dividen y sustentan en dos órdenes de gruesas columnas de canto azul, de seis columnas en cada orden con las que quedan contiguas a los fines de la capilla mayor y crucero y a los lados de la puerta principal; tiene dos puertas colaterales, dos capillas a los lados del crucero y otra pequeña a un lado del coro donde está la pila bautismal; es capaz para cualquier concurso y dióle un órgano el Capitán Don Francisco de Matos, mas no ha habido quien le dé colgadura, ni la tiene».

Tenía 18 varas de frontis; 30 varas de largo las naves laterales, y 35 varas la nave central con el presbiterio.

## IX.—La Iglesia actual

La actual Basílica de Nuestra Señora del Pino fue construida debido a la clausura de la anterior que ya estaba en ruinas.

El 14 de julio de 1760 comenzaron a abrirse los cimientos. La primera piedra la bendijo el Canónigo Tesorero Lugo el 5 de agosto, día de las Nieves de aquel año con la delegación del Prelado.

Morán inició una suscripción con 1.500 pesos. La siguió el Cabildo con 1.000 pesos y otros devotos. Desde su Obispado de América Don Domingo Pantaleón envió 500 pesos para el mismo fin.

Comenzó el acarreo de materiales. Las arenas se extraían de los barrancos. Las cales se quemaban en las montañas de Moya. Los cantos se labraban en Arucas o en Teror. Las maderas se cortaban en los pinares. El acarreto de materiales se hizo muchas veces con yuntas de los de Arucas, Telde o la Vega, lo mismo que de Teror.

En ese tiempo no había en las Islas un arquitecto que pudiese hacerse cargo de las obras. Por ello el Obispo le pidió al Coronel don An-

tonio Lorenzo de la Rocha que trazase los planos de esta tercera iglesia. Era don Antonio un hombre muy inteligente y que poseía una gran cultura. Se hizo cargo de la obra y trazó los planos de esta iglesia como un verdadero profesional.

Las obras de la iglesia duraron siete años. El 28 de agosto de 1767 fue bendecida con toda solemnidad, comenzando las fiestas de la dedicación el 30 de aquel mes y que describe con detalles Diego Alvarez de Silva.

Entre los adornos nuevos del templo enumera Diego Alvarez de Silva el nuevo tabernáculo para el Santísimo con la custodia de plata hecha en Córdoba por Damián de Castro; las andas de plata; seis candeleros grandes de plata y los cinco retablos de la iglesia.

En los retablos, el San Miguel hecho en Gran Canaria; San José y San Joaquín traídos de Génova y San Ramón hecho en Sevilla. Las pinturas con sus marcos dorados de Santo Tomás de Villanueva y de San Felipe Neri en las capillas del crucero, y San Ildefonso en el altar del camarín frente al nicho.

El San José fue regalo del Canónigo Andrés de la Huerta. San José, San Joaquín y San Ramón los dio el Tesorero Lugo. Y los tres cuadros los puso el Obispo Francisco Delgado y Venegas.

El piso en la capilla mayor y presbiterio se puso de losetas de jaspe y de mármol. El resto de la iglesia, de cantería azul de Arucas. Se trajo de Hamburgo un órgano nuevo. Se le hizo el cancel que llaman de mucho primor.

Este templo estuvo en reparaciones desde 1803 a 1812. Se quiso construir de nuevo en «Las Capellanías». Pero no se llevó a efecto por las

denuncias llegadas a la Real Andalucía. La Parroquia estuvo entonces en la casa de la Diputación, o de la Silla en los planos. De esta casa sacó Don Antonio Socorro en 1936 el artesonado, que hoy tiene el camarín de la Virgen.

La valla de caoba que vemos en el comulgatorio de la capilla mayor y colaterales es de 1831. Diego Eduardo hizo unos planos para la escalera del Camarín de la Virgen.

En 1968 se empezaron los trabajos de consolidación del templo con un proyecto de veintidós millones seiscientas mil pesetas, verdadera «obra de romanos».

El reloj, que aparece en la fachada, debe ser el que le regaló el Obispo Codina y que fue construido en Valencia, según carta suya que dice:

«Yo hice fabricar en Valencia uno para Teror de cuartos de hora y me costó allí más que cuatro mil reales.»

## X.—La Torre Amarilla

Para saber que estamos en Teror, basta mirar su Torre Amarilla. No hay otra igual en la isla de Gran Canaria.

Ella es en la historia el lazo de unión entre la segunda y nueva iglesia. Aquélla al principio carecía de campanario. Las dos campanas colgaban del Pino.

Pero al caerse éste en 1684, la cosa varió. Las campanas no sonaban. Don Juan Rodríguez, cura de la Ayuda de Parroquia, pensó en el remedio. Y comenzó la Torre Amarilla a principios del XVIII con las limosnas de los fieles y dinero de la Fábrica. Verdadera necesidad para colocar las campanas y para el embellecimiento del templo, que ya no tenía la sombra del Pino.

Para ello se valió de la «cantera amarilla» que había en el lugar. En 1803 era propiedad de la Fábrica Parroquial y estaba inmediata a las últimas casas del «Barrio de Arriba». Lindaba por las espaldas y cordilleras de las tierras que poseía entonces el cura don Mateo Ponce Vargas.

Es la Torre de forma cotoagonal. Se compone de siete octógonos superpuestos sobre una base

de lo mismo. En el último están las campanas. Remata en pirámide con la veleta que señala los vientos.

Su estilo, recuerda el Marqués de Lozoya, en la arquitectura canaria es un reflejo tardío del manuelismo portugués.

El 22 de noviembre de 1708 la Torre Amarilla estaba casi terminada. Los vecinos de Teror en un memorial solicitan ayuda del Cabildo expresamente «para acabar la Torre».

Sin embargo en la contestación del Cabildo, denegando por entonces la ayuda, sacamos la impresión de estar ya terminada:

«Al memorial de los vecinos de Teror, en que suplican al Cabildo se sirva mandar se les dé alguna ayuda para acabar de pagar la fábrica de la torre, que han hecho en aquella parroquia»...

Cuenta Diego Henríquez, que, terminada la Torre, un viento huracanado movió de su asiento la gran piedra, donde estaba la veleta y que era clave de las otras, con peligro para el templo. Los sacerdotes y seglares acudieron a la iglesia en rogativas. Y la piedra sola volvió a su lugar.

La Torre Amarilla es el vértice de un ángulo de sesenta grados formado con los frontis de la segunda iglesia y actual Basílica. Tiene veinticuatro metros de altura y distaba del lugar donde estuvo el Pino.

El último octógono, el de las campanas, tiene como remate ocho pequeños perillones.

## XI.—Cómo es la Imagen

Fray Diego Henríquez debió permanecer horas y más horas ante la imagen sin vestir de la Virgen del Pino. Ignora que está hecha con madera de peral, pero la describe al detalle tanto a la Virgen como a su Hijo.

«Lo alto de esta Santa Imagen de una vara y una tercia. Su materia, ya está dicho por su boca, es el mismo pino en que apareció. Es toda dorada, gravada y estofada. El manto es azul en fondo de oro y cae del cuello por lo anterior de los hombros hasta los pies y más por el lado derecho; y por debajo del brazo derecho de la Santa Imagen dobla un poco hacia el lado derecho.

La túnica es roja, el fondo dorado, hace sus dobleces o plegados sobre el pecho. Del cuello de la túnica, que tiene un dedo de ancho, a la raíz de la garganta de la Santa Imagen caben tres dedos y algo más, en el cual espacio se descubre la camisa blanca que lo llena tan sutil que se trasluce todo el oro del fondo. No se descubre cíngulo, porque los brazos, teniendo al Niño, ocultan la cintura.

El cabello tendido y todo dorado de puro oro

sin algún esmalte ni otro matiz, del cual caen por lo anterior de los hombros por cada lado del rostro una madeja de ondas haciendo punta, que llega más baja que el pecho. Todo lo demás del cabello cae por la espalda; y del cuello abajo queda debajo del manto que lo encubre de suerte que no se puede ver más.

El admirable y celeste rostro, lleno sin exceso. El color, cándido. Las mejillas, rosadas propiamente. La frente, proporcionada y hermosamente espaciosa. Los ojos, azules y con prudencia, rasgados y en punto que miran a todas partes. La nariz, perfectísima, derecha y delgada. Las cejas, delicadas. La preciosísima boca, con muy notable gracia algo rasgada y menos al lado izquierdo que apenas se conoce; parece quiere reírse o principios que demuestran una muy prudente risa. La barba, redonda, no gruesa ni aguda. La sacra cabeza, algún poquito inclinada hacia el lado siniestro sobre el Niño. El semblante, graciosísimo con el mirar halagüeño, poderoso imán de los acerrados corazones, dulce atractivo de los más tibios afectos, fuerte arrobo de las voluntades y celestial encanto de las almas.

Todo este angélico aspecto de esta sacratísima imagen está espirando gracia, afabilidad y dulzura. En otras imágenes suyas suele ostentar esta Reina la majestad, la grandeza y señorío con que mueve al temor reverencial. Pero en ésta provoca sólo amor, mostrando amable la clemencia, la dulzura, la suavidad y la gracia.»

## XII.—El Niño

«Es el Niño no postizo o dividido, sí de la misma pieza o de un madero con la madre. Tiénelo al lado del corazón de onde le nace. La túnica, dorada, gravada y estofada es blanca, salpicada de estrellitas azules. De la cintura abajo descubre todo el oro. Tiene el bracito y mano derecha en el pecho de su madre, de modo que los primeros dos dedos y la palma de la mano asientan sobre la cinta o cuello de la túnica de la Madre y los tres dedos últimos caen sobre la camisa de esta Señora. En la mano siniestra, que está con el brazo desviado en lo natural hacia fuera, tiene una flor rubia como rosa. Y, porque las bocas de las mangas de la túnica son anchas o abiertas a modo de manga religiosa, se descubre por dentro de esta manga siniestra el bracito desnudo hasta cerca del codo.

Con ambas manos le tiene su Santa Madre. Con la siniestra lo abraza y ciñe todo por la espalda hasta asomar por delante la mano y cayendo algo apartado el dedo pequeño; los otros por dentro del brazo del Niño rematan en su costado. Con la derecha le sostiene el muslo siniestro por la parte de abajo de dicho muslo de suer

te que asienta el piesito siniestro sobre la muñeca derecha de la Madre, levantando la rodilla lo necesario, según lo natural, para que la planta de dicho pie se asiente sobre la dicha muñeca. El piesito diestro cae derecho hacia abajo arriado al cuerpo de la Madre hasta descubrir por abajo toda la planta y pie, cuya punta asienta sobre un doblez de la túnica de su Madre.

Tiene este divino Niño el rostro bien lleno. El color, no tan blanco como la Madre, pero rubicundo. Los ojos, azules también como los de su Madre. La nariz, algo gruesa. Descubre bien los dos dientes del medio, que suelen ser los dos primeros en los niños, con la graciosa boca algo rasgada, porque está llena de risa y la divina cabeza vuelta al pueblo, significando, con esta demostración y la gloria de su divina boca, que, aunque no pocas veces le hicieron llorar los pecadores, en esta preciosísima Imagen de su Santísima Madre se está riendo con ellos.»

La Imagen de Nuestra Señora del Pino de Teror es la misma descrita por Fray Diego Henríquez. La misma que según tradición antigua se tenía por aparecida en tiempos de Cámara y Murga. La visitada por el Obispo Deza en 1558. La misma que estaba en su Iglesia en 1514 al poseionarse de ella el Cabildo Catedral.

Pero, como la tradición no siempre es historia, es muy posible sea cierta la afirmación del Catedrático de Sevilla don José Hernández Díaz.

Opina que la Imagen de Nuestra Señora del Pino de Teror fue hecha hacia el año 1500 por el escultor andaluz Jorge Fernández.

La Imagen, que es de madera de peral, fue restaurada en 1974 por Joaquín Solís y su hermano Raimundo, acompañado de su esposa.

### XIII.—Imagen vestida

Aunque la Imagen del Pino es una escultura perfecta, no obstante desde tiempo inmemorial se ha hecho de vestir. Así la encontramos ya en el inventario del Obispo Deza de 1558, que es el más antiguo que tenemos. Así lo vemos también en las Nieves de la Palma y otras Imágenes.

Cuando en 1660 se construyó camarín a la segunda iglesia, se hizo para ocultar a la Virgen de las miradas del público al vestirla y desvestirla.

Don Juan Ruiz Simón en 1707 ordenó que al tiempo de vestirla no estuvieran presentes sino el Cura, Sacristán y Camarera.

Y también en este punto apareció una leyenda en el siglo XVII. La cuenta en 1684 Blas de Quintana, uno de los testigos en la caída del Pino:

«Oyó decir a muchos y a su suegra Leonor de Ortega, que murió de cien años y era mujer de mucha verdad, que estando en Teror un Señor Prelado y, viendo la imagen de Nuestra Señora desnuda y ser tan hermosa, dijo que se le quitasen los vestidos y se vendiesen; con el descubierta de su hechura que estaba mejor y lo hicieron así. Y que habiéndola descubierta en su

tabernáculo o nicho, fue tal y tan grande la tormenta y tempestad de truenos, relámpagos y agua, que creyeron se hundiera el lugar. Y habiendo si el reparo sería por lo hecho, acudieron a vestirla y luego cesó la tormenta.»

De esta tradición se hace eco Fray Diego Henríquez con la variante de que la Imagen quedó triste y melancólica. Al ser vestida de nuevo recobró su semblante la alegría.

Y termina el Franciscano este punto diciendo, que «mueve más a devoción y veneración ese real adorno y decente aseo, como más proporcionado con la mentalidad de nuestros corpóreos sentidos».

#### XIV—La Virgen del Pino, Patrona

La Virgen de Candelaria fue hasta principios de este siglo la Patrona principal de todo el archipiélago u Obispado de Canarias. En 1678, exponiendo García Ximénez este Patronato, lo supone existiendo desde los años de la conquista. Sus palabras quedan escritas en el capítulo segundo de los estatutos que preparaba para su Catedral.

Creado el pasado siglo el Obispado Nivariense, la Candelaria continuó siendo la Patrona principal de ambos Obispados. Y el mismo Pío IX en 1867 confirmó a la Candelaria en la posesión del título.

Sin embargo, a partir del año 1914, las cosas variaron. Pío X pide informes sobre lo que convenía reformar en las cosas litúrgicas. El Cabildo por aclamación manifiesta que se solicite antes que nada *el cese del Patronato de la Candelaria* en la diócesis de Canarias y que *sea sustituido por el de la Virgen del Pino*.

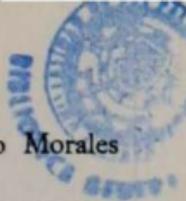
Se abrió expediente. Deponen los Curas de las parroquias y cofradías. Y se envía la solicitud a la Santa Sede.

La contestación no se hizo esperar y llegó en todo favorable a la petición hecha. Da por bueno lo que había determinado el Obispo y su Cabildo. Es decir, cesa el Patronato de la Candelaria en la diócesis de Canarias y es sustituido por el de la Virgen del Pino.

Desde entonces la Candelaria no puede llamarse Patrona de todo el Archipiélago Canario. Su Patronato no llega a las hoy llamadas Islas orientales. Y el seguir proclamándolo así es señal de clara ignorancia. Y los que lo digan pueden ser tildados de personas ignorantes. Lo que fue y cesó, ya no existe.

## BIBLIOGRAFIA

- GARCÍA ORTEGA, José: *Historia del Culto a la Venerada imagen de Nuestra Señora del Pino, Patrona de la Diócesis de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife, 1936.
- QUINTANA, Ignacio, y CAZORLA, Santiago: *La Virgen del Pino en la Historia de Gran Canaria*. Las Palmas, 1970.
- HENRÍQUEZ, Fray Diego: *Verdadera Fortuna de Las Islas Afortunadas y breve noticia de la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora del Pino de la isla de La Gran Canaria*. Londres, British Museum. Additional, 25-326.
- Expediente sobre La caída del Pino. 1684. Archivo Parroquial de Teror.



- 1.—*Cómo vivían los antiguos canarios*, por Francisco Morales Padrón.
- 2.—*El retablo barroco en Canarias*, por Alfonso Trujillo Rodríguez.
- 3.—*Los primeros europeos en Canarias* (siglos XIV y XV), por Miguel Angel Ladero Quesada.
- 4.—*Organización económica de las Islas Canarias después de la conquista* (1478-1527), por Eduardo Aznar.
- 5.—*Antropónimos guanches*, por Juan Alvarez Delgado.
- 6.—*Las comunicaciones marítimas interinsulares en Canarias* (siglos XVI al XIX), por Carmen Gloria Calero Martín.
- 7.—*La masonería en Canarias*, por Manuel de Paz Sánchez.
- 8.—*Grupos humanos en la sociedad canaria del siglo XVI*, por Manuel Lobo Cabrera.
- 9.—*Figuras de la Iglesia canaria, Tavira* (1791-1796), por José A. Infantes Florido.
- 10.—*La literatura canaria*, por Joaquín Artiles.
- 11.—*El pleito insular*, por Marcos Guimerá Peraza.
- 12.—*La Real Sociedad de Amigos del País de Tenerife*, por Enrique Roméu Palazuelos.
- 13.—*Historia de las tradiciones del Pino*, por Santiago Cazorla León.

EN PRENSA:

- 14.—*Franchy y Roca*, por Andrés Hurtado de Mendoza.
- 15.—*La arquitectura mudéjar en Canarias*, por M.<sup>a</sup> del Carmen Fraga González.
- 16.—*Cajas de Ahorros y Montes de Piedad*, por Juan A. Martínez de la Fe.
- 17.—*Las cerámicas aborígenes canarias*, por Rafael González Antón.